

513
52

CORONA POÉTICA

EN HONOR DEL

BEATO FR. DIEGO JOSÉ DE CÁDIZ

FL
82
COR

XIX-8715

6206

CORONA POÉTICA

PRECEDIDA DE LA RESEÑA

DE LAS SOLEMNES FIESTAS CELEBRADAS

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

DE ESTA CIUDAD

LOS DIAS 26, 27 Y 28 DE ABRIL DE 1895

EN HONOR DE SU INSIGNE HIJO

EL BIENAVENTURADO

FR. DIEGO JOSE DE CADIZ

POR

Don José María León y Domínguez

CANÓNIGO DE LA MISMA SANTA IGLESIA

POESÍAS PRONUNCIADAS EN LA ACADEMIA LITERARIA
QUE SE VERIFICÓ

LA TARDE DEL DOMINGO 28 EN EL SEMINARIO CONCILIAR



Publicase por disposición del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo.



IMPRENTA IBÉRICA,



F. F. DE ARJONA

IMPRESOR

DE S. M.

Cádiz: 1895.—Flamencos, núm. 6.

R. 39



SOLEMNES FIESTAS

DE LA BEATIFICACIÓN

DE FRAY DIEGO JOSÉ DE CÁDIZ

I

Cádiz á los pies de Fray Diego

La Ciudad de Cádiz, la Cádiz religiosa, acaba de probar con los esplendores del católico culto, lo arraigado de sus cristianas convicciones y el entusiasmo de sus hijos, con la celebración de las fiestas en honra del nuevo Beato Fray Diego, que ha un año fué elevado al honor de los altares por el inmortal Pontífice León XIII.

Nuestro Excmo. é Ilmo. Prelado, el Excmo. Cabildo Catedral, el Venerable Clero de Cádiz y toda la diócesis, el Excelentísimo Ayuntamiento, las autoridades de todo género y las corporaciones religiosas, se aunaron á porfía para rendir este primer tributo de veneración y de culto, esta primera muestra de su fervorosísima devoción al humilde Capuchino, gloria de la orden seráfica, y el éxito ha correspondido á sus más puros y levantados deseos. Para dar aun mayor realce á tales fiestas, han venido dos celosísimos Prelados, individuos que honraron el Cabildo Gaditano con su saber y sus luces, con sus

virtudes y elocuencia, los Excmos. Sres. D. José María Rancés y Villanueva, Obispo de Dora, y D. Benito Murúa y López, de Lugo, accediendo gustosísimos á la cortés y cariñosa invitación del Venerable Prelado que fué Padre de consagración de ambos, D. Vicente Calvo y Valero.

Que nuestra Basilica se presta como pocas al mayor lucimiento y esplendidez en las solemnidades del culto religioso; que todo cuanto en ella se hace lleva el sello de la magnificencia y magestad en sumo grado; que todo, aun en sus menores detalles, reviste en ella ese carácter especialísimo, propio de Cádiz, que atrae y se grangea la admiración de propios y extraños, cosa es que todos confiesan y reconocen, que todos aplauden y celebran. Y si otra prueba no hubiese de esto, bastaría haber presenciado las fiestas realizadas en honor de nuestro Santo gaditano.

Hasta el hecho de haber muy oportunamente unido Nuestro Excmo. Prelado la celebración del Triduo con la de las Honras en favor de los náufragos de los luctuosos temporales que afligieron ha poco estas costas, llevando la desolación y el desconsuelo al seno de tantas familias de esta angustiada nación, contribuyó á prestar nuevo caracter á las festividades religiosas: que si en el Catolicismo hay alegrías para los inmortales triunfos alcanzados por sus héroes, tambien hay lágrimas de amargura para llorar con los que lloran y sufrir con los que sufren, elevando fervientes oraciones en favor de los que con nosotros moraron en la triste peregrinación que al Cielo nos llama y nos conduce. ¡Bendita la Religión que así enlaza las satisfacciones y las penas de sus hijos!

II

Iniciativa del Prelado

Designados los dias 26, 27, y 28 del pasado mes de Abril, para las solemnes fiestas del Triduo, Nuestro Excmo. Prelado comisionó á los Sres. Dignidad de Maestrescuela D. Luis Cano y Quintanilla, y Canónigo D. José María León y Domínguez, para que reuniendo al Excmo. Cabildo Catedral, le expusieran

el programa que, en su dictámen, creía debiera seguirse en tales solemnidades, habiendo hecho suyas la Corporación, aprobándolas y acordándolas por unanimidad, las disposiciones del Excmo. Sr. Calvo. El Cabildo tiene mucho que agradecer á su dignísimo Pastor y Padre, por la grandiosidad y esplendor con que se ha solemuizado en su Basilica la Beatificación del insigne Misionero Capuchino, Fray Diego José de Cádiz, merced á la acertada iniciativa de su Prelado, á quien se ha debido la magnificencia que han revestido los pasados festejos.

III

Colecta para las Honras y familias de los náufragos.

En los dias que precedieron al Triduo, comisiones de Señores Canónigos, Concejales y Marineros se repartieron el radio de la ciudad, pidiendo una limosna para celebrar solemnes Honras en sufragio por las almas de los náufragos y para alivio de sus desoladas familias. Los Excmos. Sres. Obispo y Cabildo, adelantándose á los deseos de los gaditanos, ofrecieron quinientas pesetas el primero y otras quinientas el segundo, encabezando con este donativo la suscripción que se iniciaba para la celebración de las Honras y auxilios á aquellas desgraciadas familias de esta Diócesis, que acaban de experimentar la pérdida de sus padres, esposos é hijos. La ciudad de Cádiz correspondió esta vez, como siempre, á sus gloriosas tradiciones de caridad y beneficencia. Además Nuestro Excmo. é Ilmo. Prelado, ha querido abonar de su peculio propio casi todos los extraordinarios gastos hechos en las solemnísimas fiestas del Triduo, llevado de su deseo de aliviar la hoy mermada Fábrica del Culto con los descuentos que ha dos años le ha impuesto el plan de economías, arbitrado por el Gobierno de la Católica España.

IV

La Marina Española

Por su parte, la Marina del Departamento, accediendo á la invitación del Excmo. Sr. Calvo, al ofrecerle la Basilica gaditana, que por su capacidad, hermosura y condiciones pro-

pías, se prestaba más que ningun otro templo á la mayor suntuosidad de tales Honras, se encargó de la colocación del túmulo alegórico que habia de ponerse en el crucero de la Santa Iglesia Catedral, y de hacer la vela en ambos costados, con fuerza de los distintos cuerpos de la Armada, durante la ceremonia, rodeándolo además por guardias de marinería y de infantería de Marina. Los Sres. de la Comisión, nombrada por el Capitán General del Departamento, D. Emilio Cróker y Don José María Carpio, supieron cumplir muy bien su cometido. dirigiendo la formación del precitado túmulo, que, como han dicho los periódicos, constaba de una severa Cruz de siete metros, envuelta, entre negros crespones, por la bandera española, colocada sobre rocas y anclas, y rodeando el galoneado paño de terciopelo, al pié, atributos de todas las clases á que pertenecian los náufragos, en medio de los tristes restos del *Reina Regente*, que fueran lanzados á nuestras costas. Tambien aparecian allí las Bulas de Difuntos, tomadas para los infelices náufragos.

V

Honras por los náufragos

A las diez y media de la mañana del dia 26, apenas podian contener ya las espaciosas naves de la Basilica la multitud que por todas partes las invadió. A las once en punto, y ocupados los asientos por las Autoridades, corporaciones é individuos invitados, dió principio el acto, presidiendo el duelo el Excmo. Sr. Capitán General del Departamento, y colocados en el Presbiterio los tres Prelados de Cádiz, Dora y Lugo, rodeados de todos los individuos del Cabildo y Beneficiados. Más de ochenta arañas, unas formando airosos arcos concéntricos ante el altar mayor, otras distribuidas por las naves laterales, prestaban exorno al templo.

Celebró de Pontifical, después de la Vigilia, el Ilmo. Señor Obispo de Lugo, asistido de los Sres. D. Luis Cano, D. Felix Soto, D. Francisco Medina, D. Juan Coronado, D. Antonio G. Cosano y D. Antonio Morales, Cañónigos de esta S. I. C.

Cantóse por la Capilla de Música de la Catedral, á toda orquesta, el invitorio magnífico de Eslava, así como las lecciones del sublime oficio, inspiración del célebre Maestro Sevillano y después la artística y profunda composición que para Misa de Difuntos brotó del genio del no menos célebre Maestro Ambrosio Thomas.

Terminada la Misa, subió al púlpito el Sr. Magistral Don Leonardo Fernández y Galindo, nombrado por Nuestro Excelentísimo Prelado para pronunciar la Oración fúnebre. Como al salir á luz esta reseña, habrán saboreado ya los lectores esta pieza, modelo de oratoria sagrada, nos abstenemos de hacer el resúmen de tan elocuente peroración, que durante más de una hora cautivó la atención del auditorio. Apenas bajó de la Sagrada Cátedra, la Comisión de Sres. Marinos, al darle la más cordial enhorabuena, le rogó la gracia, para el orador altamente honrosa, de darla á la estampa en tirada é impresión de lujo, á lo que el Sr. Fernández accedió luego, obtenida la venia del Excmo. Sr. Obispo.

El Prelado oficiante Sr. Murúa, acompañado de los de Cádiz y Dora y los individuos todos del Cabildo, bajó del Presbiterio, y entonó ante el severo túmulo el responsorio final, con lo que terminó el acto religioso de la mañana.

VI

El Triduo à Fray Diego

A las siete y media de la noche del mismo dia 26 comenzó el Triduo en honor del Beato Fray Diego. A los tristes y lamentosos ecos del fúnebre doble de la mañana, sucedieron los alegres sonos del clamoreo de las campanas de todas nuestras iglesias. ¡Transición que solo se hace posible en los cristianos templos, en que se dá gloria y se rinde alabanza al Dios para quien todo vive! ¡Aun aquellos, cuya muerte era llorada horas antes, tienen vida, y vida que nunca muere, ante el Eterno Rey de la Gloria! ¡El dogma de la comunión de los Santos, que profesamos en el Símbolo, dogma consolador y que solo el Catolicismo pudo establecer, une con estrechísimos lazos y con

amorosos vínculos el mundo de los vivos que peregrinamos por este valle de lágrimas, con el de los que esperan nuestras oraciones en el lugar de la expiación, y con el de la morada felicísima de los justos que ven ya cara á cara á Dios en el Cielo, siendo nuestros intercesores y abogados ante el Divino Redentor! ¡Unión sublime de almas y de corazones que solo alcanzó á idear la mente infinita de un Dios amantísimo!

Al dar principio al Triduo, descorrióse la blanca cortina que cubria la imagen de Fray Diego. Es esta una magnífica escultura, obra tallada por el entendido artista de Madrid, D. Celestino García Alonso. El Excmo. Sr. Calvo le encargó la ejecución de la obra, enviándole copia fotográfica del retrato que del nuevo Beato se conserva en la Iglesia de Capuchinos de esta Ciudad. Hoy, verificadas las solemnidades que vamos describiendo, ha tenido la bondad Nuestro Excmo. Prelado de dedicar esta imágen al templo Catedral, habiendo sido colocada en la Capilla tercera de las que rodean el Presbiterio en el costado del Evangelio. Al frente de las convocatorias para estas fiestas, y del programa-invitación para la Academia literaria, de que luego hablaremos, tuvo la felicísima idea de hacer gravar copia de un retrato de Fray Diego, Nuestro Revmo. Señor Obispo. Nuevo motivo de agradecimiento del Cabildo Catedral para su queridísimo Prelado, el dedicar el altar primero del Beato en la gaditana Basílica.

Constaron los actos del Triduo por la noche, de la exposición del Santísimo Sacramento, rezo de la Estación, Rosario, y Trisagio (del que fué tan gran propagador Fray Diego) por el Canónigo Sr. Medina. Plática Episcopal, himno del Sr. Maqueda ó del Sr. García de la Torre, y Reserva. En la última noche, dió la Bendición de Pontifical con el Santísimo el Ilustrísimo Sr. Rancés.

La apiñada muchedumbre de fieles que ocupaba la nave mayor y las laterales, hasta las Capillas, dió pruebas de su religiosidad en las tres noches, recibiendo con recogimiento profundo y singular satisfacción las sublimes lecciones de aquellos tres Pastores de la Iglesia.

El Excmo. Ayuntamiento, compartió con el Cabildo y los Prelados la gloria que ha cabido á la Ciudad que representa, y asistió al Tríduo, colocados los concejales entre los miembros de la Corporación Capitular, y lo mismo hizo en la función matutina del Domingo, yendo bajo mazas á la Basílica.

VII

La Comuni3n por los náufragos

A las siete de la mañana del Domingo, el Excmo. Sr. Obispo de Dora, Prior de las Ordenes Militares, dió la Comuni3n en la Capilla Mayor de la Santa Iglesia Catedral, celebrando el Santo Sacrificio de la Misa, acto sublime en favor de las almas de los náufragos, á que asistieron gran número de fieles, que quisieron prestar este tributo de cristiana caridad, y que duró más de dos horas habiendo tenido que consagrarse más copones de sagradas formas, por haberse agotado las del primero. Hubo que demorarse algo la entrada en el Coro para el canto de las horas can3nicas.

VIII

Misa Pontifical

A las diez y media Nuestro Excmo. Prelado revestido de Pontifical, y asistido de los Sres. Dignidades Arcipreste Don Vicente Santamaría, Arcediano Sr. Rios, Maestrecuela Señor Cano, Doctoral Sr. Soto, y Can3nicos Sres. Zubieta y Elejalde, dió principio al augusto Sacrificio, hallándose completamente lleno el templo Catedral.

Cantóse una Misa de Gounod, que nos hizo recordar la que oimos en el templo de San Pedro el dia de la Beatificaci3n. Fué magistralmente interpretada por los Beneficiados Señores D. Jacinto de Rivas, D. Florencio Sariviarte, D. José Galvez, y D. Sebastián Navarro, bajo la direcci3n del sabio Maestro de Capilla D. Antonio Maqueda. Tomó parte muy principal en la ejecuci3n un notable cuerpo de coros de bajos, tenores y tiples. Estos, que eran Colegiales de Santa Cruz, se esmeraron tanto en los solos como en los acompañamientos.

El Panegírico estuvo á cargo del Canónigo Sr. D. Francisco Medina, por designación del Excmo. Sr. Obispo. En otro lugar daremos el resúmen de su elocuentísimo trabajo, que fué muy alabado de todos por la riqueza de datos con que esmaltó su entusiasta y evangélica peroración.

IX

Las Pláticas del Triduo

Tarea casi imposible fuera dar un resumen exacto de las pláticas pronunciadas en las tres noches del Triduo por los Excmos. Sres. Obispos de Cádiz, Dora y Lugo.

Suficientemente probadas y conocidas son de los Gaditanos las dotes de elocuencia y oratoria de los Sres. Calvo, Rancés y Murúa. Apreciar el mérito literario, la profundidad de los pensamientos, la unción santa y la galanura de la frase de los tres oradores, en las tres preciosas filigranas que en bellísima corona han entretregido á las venerendas sienes del nuevo Santo Hijo de Cádiz, durante aquellas tres noches, tal fué la contemplación de los fieles que oían su autorizada palabra. ¡Lástima grande que no consignáran por escrito cuanto espontáneamente brotó de sus labios en sus elocuentísimas pláticas! Pálido y acaso equivocado reflejo será el resumen que, siquiera para recuerdo, vamos á permitirnos bosquejar á continuación.

X

El Obispo de Cádiz

Día 27.—Primera noche del Triduo.—Nuestro Excmo. é Ilmo. Prelado, con aquella unción y persuasiva palabra, con aquel sentidísimo acento que nace de lo más íntimo de su alma, y con que sabe cautivar á cuantos le escuchan, escogió para testo de su discurso las siguientes frases tomadas del Breve de Beatificación de Su Santidad: «*Hombre enviado por Dios; otro San Pablo; Apóstol de España y del Siglo XVIII.*»

En el exordio, con poético al par que sublime arranque evocó las cenizas de los tres santos Prelados que se encontra-

ban sepultados en la cripta, esperando el día de la Resurrección universal, que si pudieran, dijo, de seguro hablarían mucho mejor que él, por lo mismo que conocían más de cerca las virtudes del Beato; pero que ya que no podía ser así, confiaba en que sus huesos humillados saltarían de contento, al ver los elogios y virtudes que se consagraban y reconocían al más humilde, y al más preclaro hijo de Cádiz.

Estudió la época en que vivió Fray Diego, cuál fué su misión y cómo hubo de desempeñarla. Fray Diego, no es un apóstol cualquiera, es otro San Pablo, según las palabras del Sabio Pontífice, que por sus merecimientos y sus virtudes figura en primera línea.

Entrando luego en la exposición y en las pruebas de su discurso hizo una soberbia pintura del Beato, que arrancó la admiración de todos los oyentes, haciéndole resaltar sobre el fondo negro y pavoroso de una época como la de las postrimerías del siglo XVIII en que una revolución demoledora y atea, hija legítima del protestantismo y la enciclopedia, derribó en Francia el viejo edificio de sus glorias católicas y monárquicas, y amenazó con invadir también á España, continuando aquí su obra de destrucción y de ruina.

El contraste que ofrecieron las aspiraciones y tendencias de aquella sangrienta revolución y la figura angelical del insigne Fray Diego, fueron trazadas por el Sr. Calvo, de mano maestra, en un cuadro sublime.

No cabe expresar de modo más gráfico ni con más bellas pinceladas el caracter esencialmente apostólico de aquel Santo Misionero, que sin más armas que un tosco crucifijo y la magia de su palabra evangélica, contó por centenares y por miles el número de conversiones, en todas las ciudades y aldeas en que prodigó su evangelizadora palabra.

En este pasaje de su discurso demostró elocuentemente que por haber sido Fray Diego apóstol de España, lo fué á la vez del mundo, á la manera que S. Ignacio de Loyola, en presencia de los progresos visibles del protestantismo, aparece ante la conciencia y la historia como una gloria universal más

que como una gloria exclusivamente patria.

Al llegar aquí hizo una brillante apología de la altivez y el heroísmo característico de nuestra raza, simbolizados en aquella legendaria lucha por nuestra independencia, en que un pobre vendedor ambulante se atrevió á declarar la guerra nada menos que á Napoleón, el capitán del siglo, renovándose con tales proezas los hechos gloriosos de Numancia y de Sargunto.

Determinando más en detalle el caracter apostólico del inmortal Fray Diego, señaló como notas distintivas del mismo la paciencia en las adversidades, la constancia en los trabajos y el heroísmo en todo linaje de sufrimientos; heroísmo que según el orador llegó á tal grado de sobrenatural y milagroso, que, á juicio de escritores contemporáneos suyos, llegó á recorrer como unas 10.000 leguas en sus peregrinaciones y viajes.

Manifestó nuestro Prelado que tenía que ceñirse y concluir pronto su discurso, porque á ello le obligaba el delicado estado de salud, y el deseo de dejar espacio á los otros Señores Prelados, que han de ocuparse en las alabanzas de Fray Diego en las tardes subsiguientes.

Ya en el epílogo de su preciosa plática expresó su vivísimo anhelo de que estos actos religiosos, iniciados con tan numerosa y brillante concurrencia, se tradugesen el Domingo próximo en una Comunión fervorosa, en sufragio de los náufragos, á propósito de lo cual hizo una entusiasta apología de las honras fúnebres, que aquel día mañana se habían celebrado en nuestra Basílica.

En todas las naciones—manifestó—se observa hoy que suelen mostrarse indiferentes y alejadas de todo acto religioso, pero en Cádiz, en el acto fúnebre que hemos presenciado hoy, he visto con inefable júbilo de mi alma, que autoridades y pueblo se han unido en apretado haz de oraciones y plegarias, rindiendo con su presencia y devoción un solemne tributo de religiosidad á la vez que de dolor por tan horrenda catástrofe.

Esta consideración dió margen al Sr. Calvo, para hacer un caluroso elogio de los marinos, haciendo constar que fué

idea de estos la forma en que habia de levantarse el túmulo, ó más bien la alegoría fúnebre representada por aquella hermosa cruz, cubierta con la bandera enlutada del *Isabel II*, y descansando sobre vistoso y simbólico trofeo de objetos alusivos al naufragio.

Como detalle revelador de la religiosidad de los marinos hizo constar también haber partido de ellos la idea, por todo extremo devota y alegórica, de colocar al pié de la Cruz un Cáliz Consagrado.

Aludió finalmente á la última peregrinación á Roma de la que tuvo la honra de formar parte, recordando á este propósito unas palabras del Pontífice, en que expresó que aquella solemne manifestación de fé y acatamiento á la Persona del Vicario de Jesucristo, comparada con las de otras naciones, habia llevado la primacia.

Pidió á Fray Diego que interceda por la Cabeza visible de la Iglesia y por que todos los allí presentes logren la dicha de verla triunfante, según los deseos del inmortal León XIII, que según le manifestó en reciente audiencia, esperaba la restauración moral del mundo, como consecuencia del restablecimiento del Pontificado en sus antiguos derechos y prerrogativas temporales, para bien de la sociedad humana, hoy casi al borde de un abismo.

Sálvala, Santomio—exclamaba con gran fervor el Sr. Calvo,—dicen todos tus paisanos que se honran con este título y que están dispuestos á imitarte en tus virtudes para alcanzar la gracia divina de morir en el ósculo del Señor.

Así terminó el Prelado de la Diócesis su admirable oración que fué escuchada con profundo silencio y viva complacencia por la apiñada muchedumbre que llenaba las tres naves del templo. (1)

XI

El Obispo de Dora

Dia 28.—Segunda noche del Triduo.—El Excmo. Señor

(1) Copiado de *La Dinastia*.

Obispo-Prior de las Ordenes Militares, D. José Maria Rancés y Villanueva, comenzó su elocuentísima plática, dicha con la entonación y estilo pastoral que le caracteriza, haciendo notar a coincidencia de que hacía nueve años predicaba, al día siguiente de su consagración, la oración fúnebre de un insigne prelado de esta Diócesis, que fué hijo de la familia seráfica (1) viniendo á predicar de nuevo en las fiestas de otro Hijo mucho más ilustre, cuya beatificación tanto ansiaba aquél venerable Prelado.

Tras un cumplido elogio al sermón del Sr. Calvo, y previendo lo mucho que había de decirse en los dos sermones del siguiente día, determinóse á prescindir del panegírico del nuevo Beato, y tratar una materia de la mayor importancia, cual era, demostrar que la santidad esencialmente no consiste en las manifestaciones extraordinarias de los Santos, sino en la incorporación con Jesucristo, cuyo principio es el rendimiento por la fe, y que se perfecciona por la piedad práctica.

Dijo que trataba de esta materia, por parecerle era la que más se desprendía de la intención de la Iglesia al glorificar á los Santos, como quiera que esto sea siempre una prueba de su santidad y un recuerdo de que ella es santa por su fundador, su fe y su doctrina invariable, y por la santidad que á todos nos infunde, y que si somos pecadores, lo somos apesar de ser hijos de la Iglesia.

Fueron las pruebas del discurso, demostrar que la fe es un don de Dios que á nadie se niega; como tampoco la gracia para creer; que no son los motivos de credibilidad, sino el testimonio interior del Espíritu Santo, el que nos convence de que somos hijos de Dios, según la frase del Apóstol.

Que no hay ciencia sin fe, afirmó, por no haber ciencia sin verdad y ser Dios la verdad infinita. Que la gran fecundidad de la palabra de los Santos, entre ellas, la del Beato Fray

(1) El Ilmo. Sr. Fray Félix de Arriete y Llano, de quien fué queridísimo familiar, y cuyos restos trasladados de Chiclana, donde falleció, fueron depositados aquel día en la cripta de la Catedral en que hoy reposan.

Diego de Cádiz, producía aquellos estupendos prodigios, magistralmente compendiados en el sermón anterior, en proporción del gran rendimiento que tuvo á Dios el Bienaventurado desde los primeros años de su vida.

Dice que la incorporación con Jesucristo es el fundamento de la santidad, porque el segundo Adán, á quien llama San Pablo «celestial y venido del Cielo,» estaba prefigurado en Adán antes de su caída, como quiera que Dios formó al hombre recto, según la expresión del libro de la sabiduría.

Señaló admirablemente como principales medios de la incorporación con Jesucristo la Oración y la Comuni6n frecuente; aseverando que consiste la primera, como habia dicho la mística doctora Santa Teresa de Jesús, en ponerse el hombre en relación con Dios, y probando que la segunda es fundamento y sostén de nuestra fe por ser el compendio de todas las maravillas de Dios, la continuaci6n de la Encarnaci6n y el arsenal donde se encuentran las armas y móviles y estímulos para todas las virtudes.

Hizo entonces alusiones oportunas al héroe de sus alabanzas, como también al Prelado de la Di6cesis, y todos los que propagan la obra de Jesucristo y obtienen la luz y la fuerza en la Oraci6n y la Eucaristía.

Al llegar aquí, deploró con sentida frase que tan gran parte de la humanidad creyente estuviera como divorciada por completo de los Sacramentos, señalando por causas la cobardía ó el respeto humano, la ignorancia y el odio al vencimiento propio.

Exhortó fervorosísimamente á la actual sociedad gaditana, á renovar con espíritu cristiano y por su piedad práctica aquellos felices tiempos en que su prosperidad material iba en raz6n directa de las manifestaciones de su grande fe: y aunque reconocía el inmenso bien que el celo del Prelado, los nuevos establecimientos religiosos y tantas otras obras de propaganda, creadas en época reciente, habían producido, dolíase, sin embargo, del inmenso número de almas que viven en completo olvido de Dios.

Aludiendo al llanto de los hijos de Israel, cuando vieron la pequeñez del segundo templo, recordó muy conmovido, apesar de los bienes presentes, aquellos felices dias de mayor é incomparable grandeza, cuando el Crucifijo en manos de Fray Mariano de Sevilla, bastaba á desarmar las masas populares; cuando la imagen de la Virgen del Rosario, conservada en Santo Domingo, iba al muelle acompañando á los marinos que marchaban á las Américas, y luego recibíalos en procesión, trayendo á esta ciudad un tesoro en cada flota; cuando la plaza de San Juan de Dios y la de San Antonio, eran teatro de aquéllos venerables misioneros, que como el Beato Diego de Cádiz, formaban excelentes ciudadanos, porque formaban hijos de Dios.

Exhortó lleno de evangélico espíritu y con elocuentísimas palabras, á renovar tales tiempos, como conocedor que es de la sociedad gaditana, de sus bienes y sus males; hizo un general llamamiento á la Comunión que al dia siguiente iba á verificarse (en sufragio por los náufragos) en nuestra Basilica, y á la práctica de una vida cristiana, única que hace al pobre y al rico amarse y ayudarse mutuamente; siendo de todos conocido que este resorte de religión es el único que acabaría en 24 horas con todo el anarquismo del mundo.

Concluye su sentidísima peroración dirigiendo cariñosas frases á su amada pátria, recopilando el discurso y coronándolo con una preciosa plegaria á la Pastora Divina de las almas, cuya fiesta se celebraba en aquella fecha, y á su privilegiado siervo el Bienaventurado Fray Diego, de quien recabó copiosas bendiciones, para el Pastor de la grey gaditana, para el venerable Cabildo de Cádiz, á quien tanto amaba, y para todos los estados y clases de la sociedad.

Inútil es decir que, durante todo el discurso, mantuvo en suspenso al auditorio. Siempre se ha oido con entusiasmo en Cádiz al Sr. Rancés, cuyo inimitable estilo resplandece más y más, precisamente por la modestia y espíritu apostólico de su palabra, hoy más autorizada que nunca.

El Obispo de Lugo

Día 28.—Última noche del Triduo.—El Ilmo. Sr. Obispo de Lugo es suficientemente apreciado en Cádiz, para que haya necesidad de recordar lo que vale como reputadísimo orador, y su reconocida fama vuela hoy por todos los ámbitos de la nación española.

Nuevo triunfo y nueva gloria ha sido para él la brillantísima plática pronunciada como digno remate de estos solemnísimos cultos, que tan alto han puesto el nombre de la religiosa Cádiz, al celebrar la Beatificación de Fray Diego.

Para ello, ha tenido que atravesar todo el suelo de España, desde su diócesis, hasta los muros de esta su anterior residencia en Cádiz, donde fué dignísimo Canónigo y por último Arcipreste.

La plática última del Triduo, vino á ser como la feliz coronación de las gaditanas fiestas religiosas, en honra del primero de sus hijos que ha merecido ser elevado al honor de los altares.

En su exordio el Sr. Murúa recordó las palabras que pronunció, cuando era gobernador eclesiástico de esta Diócesis con motivo de la beatificación de Fray Diego, de que si pudo decirse *plus ultra* al descubrimiento de América en el orden social, la beatificación en el orden espiritual no lo era menos, pues desde el martirio de los Patronos, habían transcurrido diez y seis siglos, sin que Cádiz tuviera un nuevo Santo.

Consideró el sabio orador al Beato como varón poderoso en obras y palabras.

El poderío de su obra demostrábalo, en su admirable paciencia, en sus milagros, en su ardoroso celo por conquistar almas, habiendo luchado con los tres enemigos capitales, el error contra la fe, los vicios contra la moralidad y el olvido de Dios contra el culto.

Para probar lo último, fijóse en la naturaleza de su oratoria apostólica inspirada en Dios, sin vana elocuencia ni en

su fondo ni en su forma, y basándose solo en la humildad y contemplación.

Declaró que Fray Diego tenia los rasgos más salientes de todos los Santos.

En elocuente párrafo, dijo que el Beato gaditano aun muerto, habla en la casa donde nació, en la pila bautismal del Sagrario y en los recuerdos de sus especiales misiones y trabajos en Cádiz, de que no disfrutó ninguna otra población, pudiéndose jactar de tenerlo por suyo la famosa Gades.

En la súplica, pidió que así como Fray Diego era de Cádiz, Cádiz lo fuera de él, imitándole en su vida ejemplarísima y perfecta.

Próximamente una hora estuvo en la Cátedra el Sr. Mu-
rúa.

Imposible nos fué seguir paso á paso los elocuentísimos rasgos de la oratoria robusta del Sr. Obispo de Lugo. Sembrado todo el discurso de bellísimas frases y engalanado con la exuberancia de mil y mil retóricos adornos, corroboradas sus pruebas con una lógica invulnerable, mantuvo siempre viva la atención de los oyentes, probando una vez más el indisputable mérito que avalora todas sus peroraciones. (1)

XIII

El Canónigo Medina

En la dificultad de transcribir íntegro el panegírico del Sr. Medina, nos limitaremos á dar un extracto de él. Comenzó diciendo, que solo el Cristianismo es la Religión que produce santos, que solo él, cual árbol gigantesco y magestuoso cuya savia vivificante es el mismo Cristo, estiende sus ramas de verdor eterno hasta los confines del mundo, ostentando siempre flores y frutos de santificación y de vida. Hizo notar la diferencia que existe entre las antiguas apoteosis de los grandes hombres del gentilismo, y el honor de los altares, á que el Cristianismo eleva á sus héroes. El gentilismo, decia, al de-

cretar honores divinos á sus grandes hombres, solo tenía en cuenta la fuerza, el genio, la victoria, la celebridad, y á veces el crimen; el cristianismo al elevar sus héroes á los altares, solo tiene en cuenta la santidad que es su único ideal. En aquellas glorificaciones gentílicas los hombres no eran elevados hasta la divinidad; sino más bien la divinidad era humillada hasta el hombre. En el Cristianismo no solo son glorificados sus héroes, sino que el mismo Dios es glorificado en ellos.

Ponderó después el júbilo que deben experimentar aquellas afortunadas poblaciones predestinadas por la Providencia para ser cuna de los héroes de la Religión, y dirigiéndose á Cádiz exclamó: «Cádiz, amada patria mia; tú que ostentas entre los timbres de gloria con que plugo á Dios condecorarte, el haber sido madre fecunda de preclaros hijos, que rayando á una altura eminente ya en las ciencias, ya en las armas, ya en las letras, vinieron á formar tu más brillante corona; no te acuerdes de tus pasadas glorias en este día; pues todas palidecen, y se eclipsan, ante una gloria, que yo el último de tus hijos tengo hoy la dicha de anunciarte. Escucha, pues, atenta, patria amada. El santo anciano que gobierna la Iglesia de Cristo, el oráculo infalible de la eterna Verdad, ha abierto sus autorizados lábios, y á la faz del mundo todo ha dicho, que un hijo tuyo, que aquel humilde capuchino que en el pasado siglo tantas veces dejó oír su voz llena de unción del cielo en tus templos y en tus plazas, ejerciendo maravillosa influencia en los corazones de cuantos le oían y arrastrándolos en pos de sí; que aquel varon apostólico que se llamó Fray Diego de Cádiz, forma parte del coro de los bienaventurados, y ocupa un trono refulgente de gloria en la Jerusalem celeste, siendo, por tanto, acreedor, á que en la tierra se le tribute el honor de los altares. ¡Oh fausto anuncio! ¡Oh dicha incomparable! Alégrate pues, y vistete de los ornamentos de tu gloria, *Induere vestimentis gloriae tuae.*»

Manifestó después el orador, que siéndole imposible hacer el elogio de todas las virtudes del Beato Diego por tratarse de un coloso de santidad, lo iba á presentar bajo un solo as-

pecto, á saber: como un hombre que trabajó con el más ardiente celo por la gloria de Dios, siendo por lo mismo glorificado de Dios del modo más admirable. Así pues, tomando por tema las palabras del libro 1.º de los Reyes. *Quicumque glorificaverit me glorificabo eum, Yo glorificaré á todo aquel que me glorificare*, se propuso demostrar: que el Beato Diego José de Cádiz procuró con el mayor y más ardiente celo la gloria de Dios, dándose á conocer al mundo, como la personificación más esacta de la caridad de apostolado, peculiar de la Iglesia Católica, y que Dios en recompensa de su celo lo glorificó con liberalidad extraordinaria.

Como introducción á la primera parte del discurso, hizo ver cuanta es la importancia y sublimidad de la misión de anunciar la divina palabra. Después encareció los prodigios obrados por Dios, para preparar al Beato Diego, á fin de que desempeñara de una manera digna dicha misión, llamándolo al estado religioso de un modo eficaz, y haciendo desaparecer su natural rudeza y falta de disposición para el estudio. Presentóle después haciendo en el claustro rápidos progresos en la virtud y en la ciencia, disponiéndose de este modo para la lucha que habia de librar contra el error y la impiedad todo el tiempo de su vida, y templando las armas con que los había de vencer al calor de una oración continua y fervorosa. Al describir su salida del claustro para inaugurar su misión apostólica, decía el orador: ¿no visteis alguna vez una nubecilla despreciable que apenas daba otra idea de si que la de un ligero vapor que subía de la tierra, pero que agitada despues por los vientos, vistiose de pardas sombras, oscureció el horizonte y engrosándose más y más rompió en horriblos truenos, en relámpagos aterradores y en lluvia copiosa? Pues del mismo modo aquel jóven religioso que acabamos de contemplar encerrado en el Convento de Capuchinos de Ubrique, preparándose con la oración, la penitencia y el estudio para las grandes empresas á que el Cielo le destinaba, sale de su retiro cubierto de un tosco sayal, ceñida la cintura con ruda cuerda; y llevando el crucifijo en su mano y el Evangelio en el corazón, predica

como un nuevo apóstol la ley inmaculada del Señor. Á su voz, que es la voz de Dios, se tronchan los robustos cedros de la soberbia humana y se estremecen los áridos desiertos, símbolo de los pecadores, que privados del rocío de la gracia, no producen sino espinas y abrojos de iniquidades.

Comparó al Beato Diego, ejerciendo el ministerio de la divina palabra, al arca de la alianza; pues así como ésta custodiaba las tablas de la ley, el vaso del maná y la vara de Aarón, así Diego proponía constantemente al pueblo la ley del Señor, y mientras ofrecía al pecador contrito y humillado el maná de la divina clemencia, presentaba al obstinado y rebelde la vara de los castigos eternos.

Hace ver despues las condiciones de su celo, que eran las que deseaba el Padre San Bernardo cuando decía: «Que tu celo lo inflame la Caridad, lo informe la ciencia y lo confirme la constancia.» Este celo, decía, jamás se entibiaba en Diego. Impulsado por sus ardores recorrió casi toda nuestra Península evangelizando la paz, y á pesar de las numerosas conquistas que hacía para la fé, su sed de almas nunca quedaba saciada. ¡Cuántas veces en sus íntimas comunicaciones con Dios, al considerar los funestos estragos que hacía en el orden moral y religioso la revolución francesa, partido el corazón de dolor y abrasado en celo exclamaba: *«Ecce ego, mitte me: Aquí estoy yo, Señor: envíadme allí.»* Si los ímpetus de su celo no hubieran sido regulados por la obediencia á sus superiores, para Diego no habría, ni montes, ni mares, que le impidieran lanzarse á los confines del mundo para buscar almas y conquistarlas para Dios. Él decía frecuentemente al Señor que desearía vivir hasta el dia del juicio á trueque de emplear todo ese tiempo en darle gloria, convirtiendo almas, por más que esto le retardara el gozar de la vista del Supremo Bien. ¡Así procuró nuestro Beato la gloria del Señor! ¡Así personificó la caridad del apostolado!

En la segunda parte del discurso, hizo ver la liberalidad de Dios en glorificar al Beato Diego, en primer lugar en el ejercicio mismo de su santo ministerio; acompañando su pre-

dicación de hechos portentosos, otorgándole un poder extraordinario, en cuya virtud obraba milagros estupendos y una sabiduría celestial, con la cual conocía los secretos de los corazones y los acontecimientos futuros; en una palabra, concediéndole gracias *gratis datas* en tanta copia, que le hicieron objeto de la admiración general, no menos que de la estimación de todos los pueblos, donde llenaba su misión salvadora. Aquí refirió el orador las grandes ovaciones de que el Beato era objeto constantemente, los honores, las distinciones, lo mismo por parte de los Cabildos Catedrales y Universidades que de los Municipios y demás Corporaciones; honores y distinciones, que si Diego las aceptaba, era solo para ponerlas á los pies de Jesucristo, como trofeos de su humildad profunda.

Demostró despues el Sr. Medina, que á esta glorificación conque Dios lo premió en su vida se siguió su glorificación en el Cielo, donde ya goza de la visión beatífica en virtud de una luz de gloria proporcionada al amor ardentísimo que tuvo á Dios en la tierra, agregándose á esta gloria esencial la gloria accidental que allí recibe de la multitud de almas que con su predicación conquistó para Cristo y que viven ya en el Cielo.

Por último, dió á conocer la gloria que Dios ha querido otorgar á Diego en la Iglesia militante, haciendo que en virtud del decreto de Beatificación, reciba de los fieles culto de imitación de sus virtudes y culto de invocación. A este doble culto excitó de una manera especial á los gaditanos, exhortándolos á la devoción más cordial, y animándolos á que den una prueba de esa devoción y afecto al Beato Diego, levantando en su casa natal una Capilla, donde reciba homenajes de la ciudad donde tuvo su cuna. Terminó su discurso con una súplica fervorosísima.

Tal fué la notabilísima peroración del Sr. Medina, que duró muy cerca de dos horas.

XIV

Comida en el Seminario

En el amplio comedor del Seminario Conciliar y en ateu-

ción al programa de día tan aprovechado (eran las dos y media cuando terminó el *Tedeum* despues de la Misa) el Sr. Calvo tuvo la galantería, para evitar molestias, de convidar á los otros Sres. Obispos, á los Canónigos, Beneficiados y á algunas personas de su mayor afecto, á comer despues del Pontifical, para no perder tiempo, y asistir de este modo á la Academia Literaria anunciada para las cinco de la tarde.

A las tres empezó á servirse la comida. La mesa del centro presidíala el Sr. Obispo de Cádiz, que tenía á su derecha al de Ciudad Real y Sres. Arcipreste y Arcediano; y á su izquierda al Sr. Obispo de Lugo, á los Sres. Chantre, Rector del Seminario y Mayordomo del mismo Sr. Berriozabal.

Ocuparon las mesas laterales los demás Sres. Capitulares y Beneficiados, varios Sres. Arciprestes y Sacerdotes de los pueblos de la Diócesis, y á más los Sres. D. Rafael y D. José Luis de la Viesca, D. Mariano Cano, D. Manuel Pio Barroso, D. José Ortega Morejón, D. José María Carpio, D. Emilio Croker, D. Manuel Bernal y otros hasta el número de ochenta comensales,

Terminada la comida á las cuatro menos cuarto, pasaron al Coro de la Catedral los Sres. Capitulares y Beneficiados, volviendo á las cinco para asistir al acto literario.

XV

La Academia

Este acto literario-religioso-musical habia sido preparado por el Catedrático de Literatura Latina y Española, Canónigo D. José M.^a León y Dominguez, nombrado para ello por nuestro Excmo. Prelado.

El Sr. Calvo habíase dirigido anteriormente á varios escritores y poetas así de Cádiz como de otras Diócesis, para que le enviasen trabajos en honra de Fray Diego. Unidas estas poesías con otras debidas á Profesores y alumnos del mismo Seminario, se organizó la Academia, que tan alto ha puesto el nombre de tan ilustrado centro de enseñanza religiosa.

Felicísimo pensamiento fué el del Sr. Obispo al elegir co-

mo teatro de la Academia el patio amplísimo de edificio tan suntuoso,

Precioso era el golpe de vista que presentaba el conjunto de aquel improvisado salón, en que la belleza, el buen gusto y la elegancia imprimían un sello especial aun á los menores detalles. Aparecía al frente una espaciosa tribuna, toda ella cubierta, lo mismo que la grada, de rica alfombra. Bajo dosel de terciopelo galoneado aparecía el artístico estandarte de la Peregrinación, en el que se habían agregado las imágenes de Fray Diego y Santa María Magdalena, compatrona de Cádiz. Al pié del estandarte estaba la presidencia que ocupó el Sr. Calvo, teniendo á la derecha al Sr. Rancés, al Alcalde señor Meléndez y al Sr. Arcipreste, y al izquierdo al Sr. Murúa y al Magistrado de esta Audiencia D. Mariano Cano.

Cubría el patio un toldo; pendía en el centro la magnífica araña-lucerna del salón de actos con más de cien bugías: diez y seis arañas colgaban de los lados de la escalinata y los ángulos del patio. Sobre las columnas habíanse colocado los retratos de los Pontífices León XIII y Pio IX, y de los Obispos de la Diócesis é hijos ilustres del Seminario. Los cuarenta y ocho balcones de los tres pisos lucían colgaduras de terciopelo y damasco de color grana, y todo dejaba adivinar que una feliz inteligencia había dirigido tan artístico embellecimiento.

A espaldas de la tribuna presidencial, hallábase en otros dos el cuerpo de coros que bajo la batuta del maestro Maqueda y acompañado de un armonium y tres pianos, habían de cantar los himnos al Santo. Los entendidos Sres. D. Jacinto de Rivas, contralto; D. Florencio Sariviarte, tenor; D. Sebastián Navarro, bajo de Capilla, y á más los bajos y tenores señores Montero, Iglesias, Masip, Serra, Ortega, Flores, Máiquez, Polanco, Retes, Buzo y Nieto tenían allí sus puestos, y acompañábanle los seises colegiales de Santa Cruz.

Calcúlase en más de mil y doscientas personas las que de lo más distinguido de la sociedad gaditana se habían dado cita para asistir á tan solemne acto literario. Como las invitaciones enviadas por Nuestro Excmo. Prelado eran familiares,

acaso más de la mitad de tan escogido auditorio estaba formado por Sras. Ocupaban los primeros bancos al pié de la tribuna los Seminaristas, los Profesores, el Cabildo Catedral, los Beneficiados y el Clero, y á continuación seguía todo el convite. Los Seminaristas, Colegiales de San Felipe y de Santa Cruz, que habian de actuar, tenian sus asientos en ambos lados de la tribuna.

XVI

Composiciones del programa

A las cinco en punto se dió principio al acto.

Los ecos del himno que escribió D. Cayetano Fernández, Colegial que fué de Santa Cruz de este Cabildo, hoy Chantre de la Iglesia Metropolitana de Sevilla, himno puesto en música por el maestro de Capilla D. Antonio Maqueda, derramaron torrentes de armonía por todos los ámbitos del salón, siendo esta composición muy aplaudida. Los Sres. Guardón y Gálvez la acompañaron al piano y armonium con su reconocida maestría.

La *Canción á Cádiz*, compuesta por el Catedrático del Seminario D. Juan Rodríguez y Cantizano, llamó la atención del auditorio por la brillante entonación con que fué declamada por el Seminarista D. Juan de Dios Rubio González. Los aplausos con que fué premiada á su terminación, prestaron animación y brios á los noveles actores que habian de sucederle.

Original del inspirado poeta escolapio D. Francisco Jiménez Campaña, recitó muy bien el Romance dialogado *Vocación de Fray Diego al Apostolado*, el Seminarista D. Juan González y González.

Prueba evidente de la altura en que se encuentra el estudio del lenguaje helénico en nuestro Seminario, fué la preciosa *Oda Griega*, escrita en sáficos adónicos, por el Catedrático D. Emilio Zubezu. Díjola con gran expresión y ternura el niño Seminarista D. José López de Soria. Damos más adelante la versión castellana de *Los éxtasis del Santo*.

El triunfo por amor, preciosa poesía en décimas, debi-

das al estro poético de la Religiosa de Secilla Sor María de los Ángeles, fué declamada con especial gracia y vida por los niños alumnos del Colegio de San Felipe, D. Pedro Francisco Lacave y de la Rocha (hijo del Marqués de Fiel Pérez Calixto), D. Luis Asiaín y Rioja y D. Francisco Duarte y Padilla.

Siguió *La Voz del Misionero*, oda francesa escrita por el Catedrático de esta asignatura el Seminarista D. Francisco Tamayo y Martin, siendo recitada por su discípulo D. Antonio Duarte y Padilla.

La Visita de la Virgen, gallardo Romance del antiguo Seminarista Gaditano D. Eduardo López, fué magistralmente declamado por el Colegial del mismo Seminario D. Laureano Rubio Alpresa.

Sublimes, como todo lo que brota de la exuberante imaginación y fresca galanura de D. José Ortega Morejón, mimado hijo del Parnaso religioso, cautivaron á todos los oyentes las clásicas quintillas que con gran entonación y sentimiento pronunció el Seminarista D. Pedro González Ballesteros, composición que llevaba el título de *Victoria Eterna*.

Terminada la primera parte del Programa, y tras unos minutos de descanso, siguió la parte segunda, cantándose un himno latino, letra del Sr. Dean de León D. Ramón del Busto Valdés, y música del Maestro D. Enrique Guardón, aventajado alumno que fué del Colegio de Sta. Cruz de esta Santa Iglesia Catedral, siendo dirigida su brillante ejecución por el autor mismo, y mereciendo al final nutridos aplausos.

El estudioso Seminarista diácono, D. Victorio Molina y Pastoriza, que es tan buen orador como excelente poeta, recitó admirablemente su bellissimo Romance *La Lluvia interrumpida*, siendo autor y actor al mismo tiempo.

El Cántico Hebreo, *La Voz del Misionero*, obra del ya citado D. Emilio Zubelzu, profesor de aquella asignatura, logró muy apropiada ejecución en su discípulo el Seminarista D. Juan de Dios Muñoz.

El toro penitente, juguete escrito por el Director de la Academia Sr. León y Dominguez, á indicación del Prelado,

logró interpretación felicísima en el niño de ocho años, alumno de S. Felipe, D. Juan José Bottaro y Palmer, por la naturalidad, expresión y gracejo, que supo dar á la leyenda que en tal composición se transcribe. El hecho se encuentra testificado en el expediente de Beatificación de Roma.

El Seminarista Profesor, D. Francisco Balcázar y Romero, que en su día será uno de los primeros humanistas del suelo andaluz, recitó con delicada dulzura y preciosas maneras, su excelente Oda Sáfica Latina, titulada *El honor de los altares*.

El también Seminarista-Profesor D. Cayetano Guerra y Meléndez compuso para su discípulo el jóven D. Francisco Iglesias y Castro la poesía inglesa *El don de lenguas*.

La oda *Apostol, Español y Gaditano* fué muy bien recitada con entonación valiente por el Seminarista D. José Baca y Ponce, dando excelentes pruebas de su felicísima memoria por la mucha extensión de esta poesía. El Sr. D. Arturo García de Arboleya, perfecto hablista é inspiradísimo poeta, ha derramado en tal composición torrentes tan abundosos de patriotismo y religiosidad, que aun á trueque de herir su modestia, podemos clasificarla entre las mejores que fueron producidas por el afamado estro de Herrera y Fray Luis de León.

Los Colegiales de Sta. Cruz, D. Manuel Salomón y Collado, D. Juan Medina y González, D. Antonio Práxedes y Rodríguez y D. Ricardo Fuentes y Belmaño, representaron con facilidad y sentimiento la Loa *El Nuevo Apóstol de España*, escrita *ex-profeso* para niños, por el Sr. León y Domínguez.

Terminó esta segunda y última parte de la Academia con la cantata á coro y solos, letra del ya citado D. Cayetano Fernández y música del Maestro de Capilla de la Iglesia Sevillana D. Evaristo García de la Torre, que mereció también los honores del aplauso.

XVII

Enhorabuenas

Si no fuera un hecho público, manifestado en casi toda la

prensa gaditana, el brillantísimo éxito que aquella tarde obtuvo la Academia; lo aplaudidísimas que fueron por el auditorio todas y cada una de las bellísimas poesías que durante dos horas cautivaron tan agradablemente la atención de aquella escogida y numerosa concurrencia; y la satisfacción que rebosaba del rostro de Nuestro Excmo. Prelado, al presenciarse y presidirse acto tan halagüeño para la reconocida fama de su Seminario Conciliar, de donde han brotado la mayor parte de los trabajos de la Academia, y cuyo bosquejo deja entrever la pléyade de escritores, poetas y oradores que en su seno se están formando; sinó hubiera recibido el Sr. Calvo señaladas é imparciales muestras del eco de admiración y de entusiasmo que el literario acto ha producido en los amantes de los estudios de la juventud; nos abstendríamos de dirigir una palabra en son de cordialísima enhorabuena al bondadoso Pastor que hoy rige los destinos en la Iglesia Gaditana. Plácemes mil además al muy digno Rector del Seminario Dr. D. José Gallardo y Benítez, á los poetas así de dentro como de fuera del mismo Centro, á los actores que de los tres Colegios han tomado parte en los ejercicios, y á cuantos han coadyuvado al lisonjero éxito de tan brillante Academia.

HIMNO AL NUEVO BEATO
DIEGO JOSÉ DE CÁDIZ

MISIONERO CAPUCHINO

de D. Cayetano Fernández

*Gloria demos al Sol Gaditano
que radiante la España lustró;
al seráfico Apóstol que, ufano,
tantas almas al cielo llevó.*

I

Penitente y humilde, los pasos
de Jesús vas siguiendo en la tierra,
y do quier al infierno haces guerra
con palabra de fuego y de amor.

¡Con qué gozo te escuchan las gentes,
pobres, ricos, plebeyos, señores!
al imán de tus santos clamores
no resiste ningún pecador.

Gloria demos etc.

II

De la ciencia sagrada el tesoro
va regando su acento divino:
es el grande orador capuchino
manantial de la gracia y del bien.

Y en su mano el prodigio se alberga,
y con él la esperanza del cielo,
del que sufre la paz y consuelo,
del sectario la luz y la fé.

Gloria demos etc.

III

Es el Cristo Jesús libro abierto,
donde está tu mirar siempre fijo;
del de Asis eres copia, buen hijo
enclavado en la Cruz como él.

Y la Gloria del Cielo, María,
que aclamaste Divina Pastora,
es tu auxilio, tu estrella y tu aurora
en los campos del místico Edén.

Gloria demos etc.

IV

Si corrió tras la oveja perdida,
rudo afán y sudores le cuesta,
cuando en hombros amantes se apresta
á traerla al seguro redil.

Y es que, á precio de crueles cilicios
y de ayunos y sangre y tormento,
comunica á su mágico acento
la eficacia y virtud de rendir.

Gloria demos etc.

V

No hay ciudad ni comarca ni aldea,
si en la cátedra santa le ha visto
ostentando la imagen de Cristo,
que no rompa su culpa á llorar.

Ya que Cádiz le vió tantas veces
y, á su acento, lloró descarríos,
hoy le paga con plácemes pios
pues por dicha le ve en el altar.

Gloria demos etc.

VI

Sangre sudan tus restos sagrados!
y es que quieren tornar á la vida
para darla en rescate, vertida
por las almas que al Orco se van.

Al que es Santo tres veces la gloria
por tu ejemplo ¡Oh Beato! cantemos;
y en devoto Trisagio ensalcemos
á la Augusta, Feliz Trinidad.

Amen.

Sevilla.

Á CÁDIZ

De D. Juan Rodriguez Cantizano

¡Cádiz! Noble ciudad, cuya memoria
se dilata por siglos eternos,
los gloriosos anales
te voy á abrir de tu sublime historia.

No en mísero papel, en hojas de oro,
cual escrita en el libro de la vida,
encontraré esculpida
la pagina del Héroe á quien adoro.

Tú le viste nacer, y en tu regazo
de tus mares las olas le arrullaban,
que tus muros besaban,
para darles feliz místico abrazo.

De tus sagradas fuentes, cristalina
bañó el agua sus sienés celestiales,
y la gracia, á raudales,
infundió en él la luz santa y divina.

La ciega fé, la caridad ardiente
con la firme esperanza encadenadas,
son las joyas preciadas,
que en su gran corazón solo consiente.

La venturosa puerta á él, peregrino,
de los sagrados claustros Tú le abriste,
y con gozo le viste
modelo ser del Orden Capuchino.

Abraza allí Fray Diego fuertemente
del Salvador la cruz, cual arma santa,
y ante ara sacrosanta
ofrece á Dios su corazón ferviente.

Y como nuncio de verdad divina
las eternas grandezas predicando,
su misión comprobando,
con milagros confirma su doctrina.

Mas del Señor la voz con dulce anheio
en el fondo escuchó de su conciencia,
llamando su existencia
al término feliz, premio á su celo.

No dudaron los pueblos de la suerte
que ante el trono de Dios El obtuviera,
porque la España entera
clama, tuvo cual justo santa muerte.

Ya solo el sello á la opinión faltaba,
y esta, el muro de Roma penetrando,
su vida publicando,
al Pontífice augusto cautivaba.

Ya Roma decidió. Tú, con anhelo,
Cádiz hermosa, en tan solemne dia
mil himnos de alegría
haz que se eleven al empíreo cielo,

Tú, que, en las olas de la mar posada,
de este bello universo eres encanto,
obtén de nuestro Santo
gloria y virtud, que es gloria anticipada.

¡Cádiz querida! Tú, noble matrona,
enciende en tí de caridad el fuego,
y ten siempre á Fray Diego
como honroso florón de tu corona.

Cádiz.

XX.

VOCACION DE FRAY DIEGO AL APOSTOLADO

ROMANCE HISTÓRICO

De D. Francisco Jiménez Campaña

Como guerrero bisoño
á quien llaman las batallas
y entre bríos y recelos
va aparejando sus armas,
sintiendo interno combate
entre estímulos y ansias

Fray Diego con paso incierto
mide estancia solitaria,
al par que sus fuerzas mide
y encuentra sus fuerzas faltas,
dudando si será el cielo
quien para apóstol lo llama.
Secretas voces le hielan,
voces secretas le inflaman;
ya mira el abismo obscuro,
ya la senda abierta y franca.
Ya escucha burlas y risas
de las pasiones bastardas;
ya el grito del pecador
que de los vicios se aparta.
Y entre consuelos y angustias
ni en puerto abrigado anda,
ni dá las velas al viento
la navecilla del alma.
En las Santas Escrituras,
que es fuego que al alma abrasa,
va calentando sus brios
y el fiño templá á sus armas,
y de este fuego sintiendo
una viva llamarada,
que hace día de su noche
de dudas y de esperanzas,
cayó Fray Diego de hinojos
cual corzo herido en su marcha,
ante un Cristo que en la Cruz
con claras voces le llama:

—¡Fray Diego!

—Hablas, mi Dios?

—¿Lo dudas?

—Quien soy pensaba:

Mas hablas tú á los gusanos,
Pues á mí, Señor, me hablas.

—Hablo á mi apóstol.

—Tu apóstol?

¿El ruín polvo?

—De mi planta.

—¿La vil escoria?

—La escoria

cayó en encendida fragua.

—La ruín piedra?

—De esa piedra

estoy formando mi estatua,
pues de las piedras yo hago
Dignos hijos de mi gracia.
Como inmensos hormigueros
los torpes vicios se arrastran
y en todas partes asoman
sus cabezas desgreñadas.
Milicias son del infierno
que me presentan batalla
y tras su negra bandera
se están yendo mis mesnadas.
Ilusiones fementidas
mis fortalezas asaltan
y al campo del enemigo
se llevan las esperanzas.
Ya el cárdeno rayo ardía
en mi diestra ensangrentada
contra la cobarde hueste
que me vuelve las espaldas;
mas apagólo la sangre
que á borbotones me salta
de la mano que en la cruz
mi amor otra vez enclava.
Y yo he puesto en tí mis ojos
porque arde en tus entrañas
mi amor en intensa hoguera
y tú contra el vicio bastas.
Sé mi apostol: anda y corre
predicando toda España,
y no dejes vicio altivo
que no hiera tu palabra,
Que es la tierra en que mi Madre
Puso su divina planta
y no quiero que impiedades
borren sus huellas sagradas.
No temas: yo voy contigo
como la flecha en la aljaba
é irán los vicios cayendo
á tus constantes descargas.
No tiembles: contigo voy
como en el árbol la sávia

y serán tantos los frutos
que harán peso con tus ramas.
No te acobarde el acento
vociinglero de la fama,
pues como yo voy contigo
haré cenizas sus brasas. —
Dijo el Cristo y—Soy tu siervo;
yo obedezco, pues Tú mandas —
gimió Fray Diego sintiendo
incendiársele la cara;
y arrobado en suave éxtasis
por los aires se levanta,
Como la nube del lago,
herida al rayo del alba.

Granada.

XXI

LOS ÉXTASIS DEL SANTO

ODA GRIEGA

De D. Emilio Zubelzu

(Versión castellana)

I

Mientras se desliza la ligera onda y corren los rios; mientras
resplandece el sol y brilla la luna y en sus playas tranquilo se
mece el oceano, triste, triste está el espíritu de Fray Diego.

II

Gime en la cárcel del cuerpo deseando romper las ligaduras
de muerte que le aprisionan y huir hacia Dios Inmortal.

III

Quédase fijo contemplando el Cielo y entre el duro golpe de
la disciplina y el rigor de los cilicios, exclama con voz ardiente:
Quiero seguir, quiero amar á mi Dios.

IV

Como el revuelto mar se tranquiliza en la calma, como el sol
disipa veloz las sombras de densas nubes; así se serenará nuestro
Santo cuando el amor divino dulcemente le atrae.

Y de tal manera arroba su espíritu que, hendiendo los aires, se remonta sobre las nubes, elevando lentamente su cuerpo hacia el Cielo.

Ahora, que ya, después de haber despreciado los bienes caducos, y cumplidos tus anhelos, habitas la mansión celeste, donde contemplas á Dios para siempre y sin temor de perderlo, ampara, bendito Santo, nuestras súplicas.

Cádiz.

XXII

EL TRIUNFO POR AMOR

De Sor Maria de los Angeles

I

¿Quién eres, sér venturoso,
que en tu pedestal de nubes
y entre grupos de querubes
te destacas luminoso?
si con tu sudor copioso
regaste el ingrato suelo,
¿quién, como premio á tu celo,
te dió el poder eminente
de, las gotas de tu frente,
volver diamantes del cielo?

II

¿Quién, transmutando el destino,
con maravilla que absorbe,
convirtió en gloria del orbe
al humilde capuchino?
potencia de amor divino
aquí brillante fulgura;
fuerza misteriosa y pura
que alza mundos de la nada,
y sobre la tumba helada,
eterno triunfo inaugura.

III

Que eres aquel elocuente
apóstol de Andalucía,
en cuyo seno latía
un Etna de amor ardiente:
volcan vivo que ferviente,
con divinas explosiones,
hierros de duras prisiones
derritió con fuego santo,
y en fuentes de amargo llanto
trocaba los corazones.

IV

Y fué amor el que tonante
alzó tu voz contra el vicio;
amor el que en sacrificio
inmoló tu ser amante;
amor te impulsó anhelante
tras de la oveja perdida;
y con la profunda herida,
renovada en cada hora,
de su flecha abrasadora,
amor consumó tu vida.

V

Que era el mismo el que luchando
en tí, siempre y por doquiera,
iba tu limpia carrera
de hermoso laurel sembrando;
y el que del orco triunfando
cada instante en una hazaña,
si hirió tu vida en campaña,
llenó, al colmar tu victoria,
con tus conquistas la gloria,
y con tu renombre á España.

VI

Y ahora ese amor prepotente,
en los fastos españoles
tu nombre escribe con soles,
y en luz te baña esplendente:
al Monarca reverente
mira á tus plantas postrado;

mientras, con tono inspirado,
voz que inefable no yerra,
te aclama en cielos y tierra,
¡feliz! ¡Bienaventurado!

VII

¡Goza! anégate en dulzura
bajo los arcos de palmas
que tus conquistadas almas
te forman allá en la altura!
inmenso mar de ventura,
prados sin confin ni abrojos,
ricos en claveles rojos,
te han conseguido en derecho
los afanes de tu pecho
y lágrimas de tus ojos.

VIII

Brilla, como blanca luna,
en ese mar soberano
más vasto que el Oceano
que te arrullaba en tu cuna:
vaivenes de la fortuna,
trastornos de las edades,
y aun malignas potestades
¿qué te importan, ni en qué modo?
¡si vives amando todo,
y es tu amor de eternidades!

IX

¡Bendito ese bien que ansiamos,
ese amor de los amores!
y ¡bien hayan los dolores
que por gozarle apuramos!
heróico sér que admiramos,
dale á mi canto infecundo
que un rayo de amor profundo
brille, siquiera uno solo,
desde el uno al otro polo,
y será feliz el mundo.

Sevilla.

XXIII

EL CAPUCHINO

ODA FRANCESA

De D. Francisco Tamayo y Martín

VERSIÓN CASTELLANA

Cádiz, eleva hoy tus cántares al Héroe glorioso, cuya protección aclaman tus hijos á porfía. ¿Cuál es su nombre? ya todos saben que el que hasta ahora se há llamado el Padre Diego se llamará en adelante *Bienaventurado*.

Sí, aquel que evitando los senderos impuros de los vicios, marchó con segura y firme planta por el camino de la justicia.

Aquel Apóstol cuya palabra hizo triunfar la verdad y hasta que exhaló su último aliento no procuró más que el bien de sus semejantes.

Su predicación fué luz y vida, y sus virtudes sal de la tierra, por la que derramaba el bálsamo del consuelo, haciendo patente su santidad con esclarecidos y portentosos milagros.

Su heroica santidad honra al capuchino, y la Andalucía publicará y recordará siempre su bondad inagotable.

Por eso nuestra Sta. Madre la Iglesia lo eleva á sus Altares á donde se dirijen nuestras plegarias y las fervorosas súplicas de los mortales.

Cádiz.

XXIV

LA VISITA DE LA VÍRGEN

Romance histórico

De D. Eduardo López

I

El misionero

En la pasada centuria,
á tiempo que Europa altiva
se engolfaba en los delirios
de brutal filosofía,

Ecija, ciudad ilustre,
de nobleza muy antigua,
recibió una hermosa tarde
la deseada visita
de aquel santo misionero,
gloria de Cádiz invicta,
á quien hoy el mundo llama
Apóstol de Andalucía.

Grata conmoción produce
en el pueblo su venida,
y á contemplarle se agolpa
la multitud con delicia.

Su digno porte revela
magestad y unción divina,
y en su candoroso rostro
la paz de los cielos brilla.
La faz noble al sol ardiente
que ha tostado sus mejillas,
dulce y grave la mirada,
y encendida la pupila;
lengua barba que en el pecho
sus nevados copos riza;
pardo sayal con que encubre
rigores de disciplina;
los pies descalzos que el polvo
de los caminos fatiga,
y al talle el cordón humilde
del de Asis tosca divisa.

Salen en tropel las gentes
á darle la bienvenida,
llenas de tierno alborozo
porque su anhelo cumplía,
llegando á dar las misiones
tanto tiempo prometidas.
¡Fray Diego! clama ¡Fray Diego!
la muchedumbre sencilla,
y entra en Ecija triunfante,
vencedor de cien conquistas,
al clamor de las campanas,
y al resonar de los vivos.

Ricos, nobles y pecheros
le saludan á porfia,
le piden sus bendiciones

y á sus plantas se arrodillan.

Los más fervientes le asaltan,
cortan del manto reliquias,
y urge que los granaderos
á acorrerle se den prisa.

¿Qué extraño que al pobre fraile,
y al misionero se rindan
tales tributos de afecto,
tan altas pruebas de estima,
si toda España ya sabe
que su misión es divina,
que es mensajero del Cielo,
que la paz evangeliza,
buscando en cristiana tierra
la reforma de la vida,
la salvación de las almas,
y el reino de la Justicia?

Tú también, Ecija, viste
mostrando franca alegría
á ese santo capuchino,
nuncio de inefables dichas,
nuevo Pablo, cuya espada
es su palabra encendida,
nuevo Javier, que se quema
de amor divino en la pira,
y tú también le aclamaste
Apóstol de Andalucía.

II

La fuga

Del más espacioso templo
las largas naves no bastan
á contener el concurso
que oir quiere su palabra,
y la misión se dispone
en una anchurosa plaza
dó la multitud acude
ávida de su enseñanza.
Grande fué la concurrencia
por curiosidad llevada
pues del santo capuchino
corría muy grande fama,

de que era un Apóstol lleno
de la divina eficacia,
que el raudal de su elocuencia
brota como ardiente lava
y en expresiones de fuego
el hondo concepto aclara,
rinda, convence y humilla,
electriza y arrebatata.

Mas ¿qué valen los esfuerzos
del misionero entusiasta,
si el pecador con desvíos
quiere resistir la gracia?

Tú tambien, Ecija, huiste
de entregarte á su palabra
y en vano, en vano Fray Diego
con profusión predicaba.

Tal vez á su voz se opone
el vicio con torpe audacia,
tal vez el angel rebelde
la luz interior apaga,
y el alma no hace reparo
de las verdades más altas,
y el clamor de la conciencia
se desatiende y rechaza.

Ecija entera le escucha
frívola, curiosa y vana,
con grave atención, mas siempre
con indiferencia extraña.

En vano en tiernos arranques
de contrición se desata
aquel santo misionero,
y sobre las gentes alza
cual bandera el crucifijo,
imán de sus vivas ansias,
buscando del noble pecho
la impresión interna y clara:
un día y otro persiste
en tarea tan ingrata;
los corazones de piedra
ni al mismo fuego se ablandan.

Ebrio de furor entonces
se vió arder en ira santa,
y «Levántate,» prorrumpe,

«Señor, y juzga tu causa;»
y á la multitud se vuelve
y en voz formidable clama:
«Colmad, colmad la medida
«de vuestra locura insana,
«que ya el castigo apercibe
«aquel Dios de las venganzas,
«quien á pueblo tan rebelde
«que yo abandone me manda.»

Así Fray Diego les dice
con indignación que espanta,
y el púlpito deja, y corre
á ocultarse á su morada,
mientras las gentes confusas,
de tal acción aterradas,
muestran con altos clamores
el pavor que los embarga.

Gritos, confusión y llantos
suceden á sus palabras,
cual si la trompa del juicio
con estrépito sonára.

Unos corren desolados,
otros allí se desmayan,
al punto de ser preciso
aplicarles la unción santa.

Voces de espanto circulan
por la ciudad angustiada,
y ninguno se dá cuenta
del terror que se propaga,
y aquel afligido pueblo
en penitencias se exalta,
y aquella noche sin tregua
por las calles y las plazas,
en recónditos hogares,
y en los templos se derraman
lágrimas de amarga pena,
y ¡piedad! ¡piedad! se clama.

III

La Visita

Del claustro de Capuchinos
en una apartada celda,
donde el sosiego domina,

donde reina la pobreza,
ante un tosco crucifijo
alzado sobre una mesa,
que un ancho tapete cubre
de envejecida bayeta,
á la siguiente mañana
en muda oración atenta,
postrado estaba Fray Diego
besando la humilde tierra,
cuando la voz apagada
de un lego á la entrada suena,
y «Padre, Padre,» repite,
«aquí con Ecija entera
«la Diputación, Alcaldes,
«y el Corregidor se encuentran,
«y á que la misión prosiga
«la comunidad estrechan.
«Ecija está atribulada,
«la consternación no cesa,
«y pídesse á voz en grito
«misericordia y clemencia.»

Fray Diego tras breve pausa
sin levantar la cabeza,
con tono solemne y grave
al pobre lego contesta:
«La voluntad de Dios cumplo,
«que terminante lo ordena;
«hoy el polvo sacudiendo
«de mis piés, dejo esta tierra.»

Por la multitud, que invade
devorada de impaciencia
los claustros y corredores,
cunde rápida la nueva
de que Fray Diego se marcha,
sin que los ruegos le vengzan,
y más acrece la angustia,
y más el pavor aumenta.

El pueblo llora aterrado,
los cabildos deliberan,
y el Padre Guardian no sabe
cómo remediarlo pueda,
pues el Padre Diego á cuantos
á suplicarle se llegan

de igual modo les responde
con asombrosa firmeza.

Alguien con nueva esperanza,
y vivo anhelo recuerda
que está en la Ciudad de paso
un Príncipe de la Iglesia,
obispo auxiliar, y corren
á empeñarlo en tal empresa;
mas todo inútil; Fray Diego
dá al Prelado igual respuesta,
que es la voluntad divina
la que allí sus labios sella,
y absorto prosigue orando
ante el Cristo de su celda.

Ya de aplacar á Fray Diego
pueblo y clero desesperan,
cuando ven que á Capuchinos
una procesión se acerca,
que á lento paso conduce
la Virgen del Cármen bella,
á quien traen los Carmelitas
de abogada y medianera.

Llega entre grandes aplausos
la procesión á la Iglesia,
y colocada la imágen
en sitio de reverencia,
mandan que al Padre se avise
de la visita que espera.

Con altas y alegres voces
y de expresión picarezca,
«Padre, Padre,» anuncia el lego
junto á la entornada puerta:
«Salga á ver una visita
que ha llegado á nuestra Iglesia
«y á la que negar no puede
«lo que á tantas gentes niega.
«A vuesa merced aguarda
«del Cielo la misma Reina,
«á quien los Padres del Cármen
«por mediadora presentan.»
Como herido por un rayo
al escuchar esta nueva,
de pié se pone Fray Diego

su oculto retiro deja,
y á pasos precipitados,
que la emoción le dá priesa,
baja al templo, vé la Imagen,
y póstrase humilde ante ella.

Clava en la Virgen sus ojos,
que en lágrimas se le anegan,
y en éxtasis arrobado
inmóvil y fijo se queda.

Algunos ver se figuran
que un resplandor le rodea;
á otros tal vez les parece
que de la tierra se eleva.

Suspense el concurso todo
con admiración contempla
y alto silencio aquel cuadro,
que el arte á copiar no acierta,
y un largo espacio transcurre
sin que un átomo se mueva,
hasta que del raptó vuelve
y así Fray Diego se expresa:
«¿De donde á mí que la Madre
«de mi Dios á verme venga?
«Tu pobre Diego, Dios mio,
«se anonada en su presencia.»

Y al púlpito sube y habla
lleno de emoción inmensa,
como debe hablar un ángel
cuando toma humana lengua.

La Religión Carmelita
con santo ardor recomienda,
el bendito escapulario
saca del pecho, y protesta,
cual buen hijo del Carmelo,
ante tal Madre y tal Reina,
que por sus respetos cede
de su anterior resistencia,
y á dar la misión se obliga,
y á no cejar en su empresa.

Ecija allí arrebatada
á sus palabras contesta
con lágrimas que enternecen
que purifican y elevan.

Sigue la misión, y el pueblo
sus culpas llora y se enmienda,
los enemigos se abrazan,
en Dios se cree y se espera;
y es mucho lo conseguido,
como el mismo Padre cuenta,
del noble pueblo ecijano
en las misiones aquellas.

Ecija á Fray Diego nombra
regidor de preeminencias
y en procesiones triunfales
de inmenso amor le dá pruebas.

¿Qué extraño que al pobre Diego,
gloria de Cádiz excelsa,
al honor de los altares
eleve la Santa Iglesia?

Jerez de la Frontera.

XXV

VICTORIA ETERNA

De D. José Maria de Ortega Morejón

Por morada el erial,
por norte la eterna luz,
su triunfo por ideal,
por armadura el sayal
y por escudo la Cruz,

ilustró la Pátria mia,
un dia trás otro dia,
sin salud y sin sosiego,
aquel inmortal Fray Diego,
Apóstol de Andalucía.

A su voz arrobadora
huyó vencido el encono,
y la virtud vencedora
tuvo su Altar y su Trono
en el alma pecadora.

Humilde, obscuro, escondido,
no dejó huella sangrienta;
¡que sus triunfos no han tenido
como cortejo el rugido
de la indomable tormenta!

Cumpliendo con la misión
de su deber celestial,
no tuvo en su corazón
más que ternura y perdón
para el agravio y el mal,

y cuándo cayó rendida
por el trabajo su vida
en el polvo del camino,
como la flor del espino
por los cierzos sacudida,

no tembló el orbe aterrado,
ni alzó su frente la guerra,
ni el siervo fué libertado...
¡que un fraile volvió á la tierra
bendecido é ignorado!

¡Oh sublime Religión,
que ensalzas al que se abate,
y llegas al corazón
sin más armas de combate
que el cariño y el perdón;

que hablas con santa energía
al vencedor en cien luchas,
y con amante alegría
la voz del humilde escuchas
si su dolor te confía;

que para calmar sus penas
muestras al desconsolado
mansiones de calma llenas,
y te ciñes las cadenas
del siervo y del desterrado;

que alzas del polvo al Altar
á quien con divino fuego
sabe tus glorias cantar,
y á quien te persigue ciego
hundes en el ancho mar;

que, del tiempo vencedora,
no hay ódio que te destruya
porque sus brumas colora
tu amor con lumbre de aurora
porque se avergüence y huya,

¿qué fuera, sin ti, la vida
para el pobre peregrino
en la tierra pervertida?...
¡Humilde flor del espino
por los cierzos sacudida!...

tierra que en tierra trocada
sobre tristes eriales,
fuera siempre arrebatada
por una ráfaga helada
de las nieblas otoñales,

y si lograba ascender,
en alas de la tormenta
á las cimas del poder,
siempre tendría que ser
dejando huella sangrienta,

y el orbe maldeciría
al vencedor en la guerra,
y el siervo á la tiranía,
y perturbada la tierra
en cieno se encharcaría..!

Que sólo tú, Religión,
que acudes á combatir
por ganar un corazón,
triunfas en el porvenir
sin un grito de aflicción.

Tú sólo un cláustro desierto
y una tumba solitaria
truecas en seguro puerto
y el Cielo muestras abierto
al rumor de una plegaria;

sóla tú borras pesares
y distancias y lugares
con tiernas y santas leyes,
y juntos siervos y Reyes
encumbras á tus Altares;

sóla tú vences rigores
y el fanático delirio
de ciegos perseguidores
y juzgas lecho de flores
las espinas del martirio;

sóla tú, día tras día,
creas con santa alegría,
amor, ternura y sosiego,
valiéndote de un Fray Diego,
honor de la Patria mía;

sólo tu aliento inmortal
difunde la eterna luz
con su amor por ideal,
por armadura el sayal
y por escudo la Cruz,

y sólo tu voz querida
que eterna esperanza vierte
sobre la tierra afligida,
trueca en sol de eterna vida
las tinieblas de la muerte,

y hace que el orbe asombrado
hunda su frente en el suelo,
ante aquel fráile admirado
que, al morir, ha despertado
en la Historia y en el Cielo!...

Cádiz

XXVI

AD BEATUM F. DIDACUM GADITANUM

HIMNUS

De D. Ramón del Busto Valdés

Alme Confessor, bone serve Divi,
Unici veri pie Praedicator,
Qui Deo lapsas animas volebas
Conciliatas.

Sospes, in terris Seraphim putatus,
Carne vestitus, sine sorde, purus,
Liber a noxis, maculisque nudus,
Ipse micabas.

Jugiter tristes recreans jacentes
Et fero lapsos relevans dolore,
Semper huc illuc documen salutis
Ferre solebas.

Mysticis pollens, validisque telis,
Hostis infensi insidias et arma
Plebe ab electa repulisti ovanter,
Numine fretus.

Cum puer simplex, humilis, rudisque
Omnibus visus fueras, et impos
Tunc crebris usus precibus, superna
Dona es adeptus.

Desuper missum generose et ample,
Te super venit sophiae fluentum,
Ut super plantas cadit imber undans
Fertili in agro.

Porro doctrina solida repletus,
Et flagrans Divi reverente amore,
Sancta sic Christi bene praedicasti
Dogmata ubique.

Inferens bellum furias in atras,
Ac in elatos Belial sequaces,
Crimen arcebas, vitiumque foedum
Gente ab ibera.

Voce conclamans tonitrus sonantis
Pulpito e sacro Satanam domabas,
Atque virtutes superas amare
Rite monebas.

Gens tuam cantat pia sanctitatem,
Et simul nomen reverens adorat,
Dum tuam grate celebrat supremam
Apotheosim.

Interim nobis, Didace oh beate,
Gadium scutum, columenque firmum,
Sidus in coelo nitide coruscans,
Subveni amanter.

Ante Divini solium Monarchae
Vota gratorum perhibe clientum,
Et preces nostras reverenter offer
Omnipotentis.

Legione.

XXVII

LA LLUVIA INTERRUMPIDA

TRADICIÓN CADITANA

De D. Victorio Molina y Pastoriza

Bajo un cielo en que la nube
formada al soplo del alba
ya en leves giros despliega
sus blondas de nieve y grana;
y á tiempo en que el rubio Febo
sus alazanes levanta
que arrancan chispas de oro
al aire con sus pisadas;
con religioso silencio,
muchedumbre abigarrada,
de San Antonio de Cádiz
llena la anchurosa plaza.

Pendiente está de los labios
de un fraile de lengua barba,
grave faz y noble aspecto,
que un balcón tiene por cátedra.
Sayal capuchino viste
que al pié desnudo le alcanza,
al pecho la Cruz de Cristo,
la capilla á las espaldas,
y á la cintura sujeto
por una doble lazada
un cordón, que por la diestra
la blanca punta resbala;
mientras por la izquierda caen
del ceñidor enredadas
las de un bendito rosario
negras y lucientes sargas.

No hay lengua que á alzar se atreva
rumor que turbe la calma,
que ante aquel *fraile* la lengua
solo sabe estar callada.

No hay lengua que rumor alze...
¡porque es Fray Diego quien habla!
¡El que de la suya tuvo
suspensa y muda á la España!
¡La hermosa perla de Cádiz
entre sus olas cuajada,
que Dios no tuvo otra concha
más rica donde guardarla!
¡El misionero bendito,
el que á los pueblos arrastra
que tras él siguen besando
las huellas de sus pisadas!
¡Aquel que *santo* pregona
por sus milagros la fama!
¡Aquel que enciende y alienta
la vieja fé de su patria!

Sonoro vibra en el ámbito
el eco de su palabra,
que porque todos la oigan
préndela el viento en sus alas.
Dulcedumbre de los Cielos
destila, y fuego la inflama:
hilos de miel si persuade,
fiero volcán si amenaza:
recio ariete de la culpa
que lo maneja la gracia
y á la muchedumbre tiene
rebatida y quebrantada.

Absorta está, de sus labios
presa en las celestes mallas,
cual de mágico señuelo
la avecilla fascinada,
que ha de rendirle la vida
sin que le valgan sus alas.

Tal vez, indómitos rompen
silencio y avidéz tanta,
ayes de arrepentimiento,
suspiros que un pecho lanza,
sollozos que ya no caben

en la oprimida garganta,
ó el grito de la congoja
que se revuelve y estalla
en criminales conciencias
del mal agujoneadas,
que el corazón no resiste
de amor tan ardientes lavas,
que si es de acero, le templan,
y si de roca, le ablandan,
y si tierno, le derriten,
como á la nube preñada
el rayo de sol flamígero
deshace en hilos de plata.
¡Vedlo! ¡Vedlo! que le prende
de amor la divina llama,
y el semblante le arrebola
entre luminosas ráfagas.
¡Vedlo! cual cede y depone
el trueno de su ira santa
contra el pecador, y alientos
préstale de confianza!
¡Vedlo! cual al crucifijo
en dulce deliquio abraza,
que envidia sintiera el Cielo
de tan amorosas ansias.
¡Vedlo! que tierno le pide,
fija la vista en las llagas,
por la infelice ovejuela
que, un tiempo, le abandonara,
y ya buscándole viene
mustia y apesadumbrada,
sus rediles circuyendo
balando porque le abran.
—¡Venid, ovejuelas! —dice—
¡Venid, las desengañadas!
¡Venid, que ya vos espera
Pastor que tanto vos ama!
¡Por vosotras dió al cuchillo
su redentora garganta,
y negaros no ha la venia
quien su sangre no os negara!
De pronto, el Sol ofendido
de tal fuego, el suyo apaga,

y tras las nubes esconde,
palideciendo, la cara.
Zumba del Noto el rugido,
su carro el trueno prepara,
y negros nimbos dibujan
la tempestad que amenaza.
Se inquieta la muchedumbre
temerosa de que el agua
corte del santo orador
la fervorosa plegaria,
y en los labios del deseo
oculta oración le manda
al cielo, porque detenga
tan importuna mudanza.
Tarde llega, que aquel tiene
ya sus fuentes desatadas,
sobre la ciudad cayendo
en copiosas cataratas,
que en brazos del torbellino
se espuman, rizan y saltan.

Fallidas siente el piadoso
concurso sus esperanzas
cuando — ¡Milagro! — ¡Milagro! —
resuena en toda la plaza.
— ¡Milagro! — pregona el pueblo
porque atónito repara
que, mientras en torno ruge
de la tormenta la saña,
próximas calles bañando
en recia corriente ráuda...
por un dosel misterioso
está cubierta la plaza.
Por un dosel misterioso
que ni la lluvia traspasa,
ni el fuerte viento sacude,
ni la tempestad desgaja...
que son ángeles del cielo
que lo forman con sus alas.

Rompiera el pueblo en aplausos,
júbilo franco del alma,
si el humilde misionero
(levantando la Cruz santa
sus impulsos refrenando)
no rompiera en alabanzas

al Señor, que hacerles quiso
de su amor merced tan clara.
—¡Santo—dice—Omnipotente
Señor, que todo lo mandas!
¡Tú, que las estrellas de oro
en el firmamento clavas,
ó súbitas se desprenden
si tú no quieres que ardan!
¡Tú, ante quien tiemblan los soles,
y el fiero huracán se amansa,
y el blando mar se hace roca
para sostener tus plantas!
¡Tú solo, Señor, tú solo
y tu diestra sea loada,
que yo débil instrumento
soy no más; ceniza vana;
vil gusano de la tierra
que en ella hundido se arrastra,
y si á un querer tuyo vive,
á un tu enojo fuera nada!
—¡Pecador que en tí confias
tiembla y teme su ira santa,
que Él de la vida los hilos
corta como los del agua!
¡Ay de tí, si en ellos libras
la gravedad de tus manchas!—

No el torrente que reprimen
las peñas, si escape halla,
revienta, cual la congoja
del pueblo reventó en lágrimas.
Postrado en tierra el concurso
llora y el pecho desgarrá,
«perdón» y «piedad» clamando,
la frente al polvo pegada.

Huye Fray Diego al convento,
que los aplausos le amargan,
y el prodigio pregonando
la multitud se separa.
Quedó la plaza desierta,
y el suelo mojado estaba,
que lo que el cielo no hizo
lo hicieron luego las lágrimas!!

Cádiz.

LA VOZ DEL MISIONERO

CÁNTICO HEBREO

de D. Emilio Zobelzu

Versión castellana

I

Un varón que en la tierra caminaba por la senda de la virtud, llegó á los muros de una fiel ciudad, populosa á la vez, puerto de mar y emporio del orbe. En ella habia alzado el Omnipotente fortaleza y muros.

II

¡Oh ciudad, que lo viste nacer y acariciaste su primera sonrisa! Hasta el extranjero encuentra en tí consuelo y alegría, siempre nobles sentimientos, nunca mentira y dolo.

III

Los labios se abren para pronunciar su bendito nombre. Cádiz se llama; y al varón que en ella vió la primera luz la humanidad le dice Diego.

IV

Sobre las playas de aquella perla de los mares murmuran, al rizarse, las olas. ¡Bendito sea en toda la ciudad!

V

Hombre justo, sacerdote del Altísimo, varón piadoso y amado de las turbas, sufre angustias en su corazón, cuando le mandan predicar la ley divina.

VI

Pero Jehová lo ordena, y cargado al peso de las tareas apostólicas, vive vida de Justo, día y noche entregado á su obra de evangelización.

VII

Atleta fuerte, á él corren los pueblos, y como otro Angel de Elohin, se hace intérprete de la celestial sabiduría, sacando del

polvo de la abyección á los pueblos, y levantándolos hasta las nubes.

VIII

A él corren en tropel los hombres, y lo contemplan mudos de admiración y pasmo: y se estremecen al oírlo, y al verlo se edifican: que su vigorosa palabra derrite los corazones de las muchedumbres como se derrite la blanda cera.

IX

Al oírlo, levantan sus manos á Jehová: sus lágrimas abundosas ruedan en silencio por sus mejillas, y exclaman los arrepentidos: «Pensado habemos vanidades, y corrido hemos carrera de ilusiones en este mundo, que huyen como sombra y se apagan con la rapidez del fosfórico relámpago.»

Cádiz.

XXIX

EL TORO PENITENTE

JUGUETE INFANTIL

De D. José María León y Dominguez

Oigan ustedes, Señores míos,
el caso extraño y original,
que en las historias del mundo entero
no ha sucedido otro que tal.

Abra ustedes bien las orejas,
miren que el cuento es muy sutil.
¿Quieren saberlo? ¿Sí? Pues al grano
¡y es caso cierto, no sé mentir!

Iba Fray Diego, Santo Bendito,
por unos bosques, cuando ya el Sol
sus rojas lumbres amortiguaba,
y en una choza se refugió.

¡Allí vivía pastor muy malo!
¡Nueve años largos sin confesar!
—Anda, confiéstate, le habló Fray Diego
con grato acento, con dulce faz.

Y empedernido con sus pecados
y desoyendo la voz de Dios,
á sus palabras de amor henchidas
duro contesta que nó... y que nó.

El Capuchino se retiraba
cuando vió el alba ya amanecer,
y ante la puerta pastaba un toro.
¡Vaya un torito! ¡Qué bravo es!

Al verlo dice con burla y sorna
aquel incrédulo, záfio patán:
—Cuando ese toro confiese, al punto
yo he de imitarlo sin más ni más.

Risuño el Santo lo mira y clama:
—¿Me dás palabra de hacerlo así?
—Sí que la doy. — Hermano toro,
grita Fray Diego, confiese aquí.

¡Ay qué mansito se acercó el bruto
y sus brazuelos arrodilló
al pié del Justo, que con su manto
cual penitente dulce cubrió!

No crean ustedes! se confesaba
de los pecados de su testúz;
de rabía... de ira... y en sus sollozos
bien lo expresaba diciendo múúú.

Al ver milagro tan estupendo
cayó á sus plantas el pecador,
y confesando todas sus culpas
contrito y justo se levantó.

HONOR ALTARIUM

O D E

De D. Francisco Balcazar y Romero

Ecce sacrato veneranda cultu,
 thure quae fumant redolente, in aris
 jam Beati insurgit, io triumphe,
 Didaci imago.

Non opum dives simulatur ipsa,
 cujus agnomen tacita loquela
 concinunt notae monumenta laudis
 omne per oevum.

Non ducis bello celebrata virtus,
 non furor Martis malesanus ipse,
 cuncta terrarum cupidus domare
 lege sub una.

Sola paupertas monachi verenda,
 sola mortalis pietas salubris,
 sola coelorum soboles fidelis
 Gadibus orta.

Hunc virum turbae cecinere justum,
 quippe virtutum gravitate pronus,
 quomodo flavens tumidis recumbit
 culmus aristis:

Quem sileri unquam patiens Potestas
 diva, portentis nitet..... et sepulchrum,
 pectus abscindens, patuit benignum
 ossa reposta.

Sanguinis veri properanter illis
 defluunt guttae, simul atque sensim
 rore stillato labefacta tellus
 ipsa rubescit.

Nuncque virtutis bona fama, complens
quam Leoninam vocitamus urbem,
Didacum nostrum evehit ut fruatur
pignore cultus.

Nullus optandus superest triumphus!
hisce jam votis veterum parentum
debitam laurum Domini dederunt
sancta decreta.

O nimis felix, studiosa Christi,
civitas, nostri genitrix Beati,
hoc tibi pulchrum decus haud negavit
inclya Roma.

Quo nihil majus numerat tuorum
clara gestorum series, nec ullum
soeculis lapsis memorat secundum
prisca vetustas.

Gloriam, o Gades, tibimet perennem
pectus exultet generosus omnis!
nostra enim jam jam reboat per orbem
gloria totam.

Gadibus.

XXXI

EL DON DE LENGUAS

POESÍA INGLESA

De D. Cayetano Guerra y Meléndez

VERSIÓN CASTELLANA

I

Al cantar la gloria del varón que ennoblece á los hijos de este pueblo, mi corazón rebosa de alegría: y aunque son innumerables los prodigios con que confirmó la elección que Dios hiciera de él para que fuese su Apóstol, solo cantaré uno.

II

Así como á los Apóstoles, entre otros dones, les fué dado el

de hablar lenguas desconocidas, así también quiso Dios que resplandeciese su gloria en nuestro Santo, comunicándole esa gracia.

III

Predicaba un día en una ciudad de España, ante un numeroso auditorio, y empezó á oirlo un Irlandés que acababa de llegar de su país, y no entendía nada de nuestra hispana lengua.

IV

Como escuchase con atención suma, un sacerdote español que le acompañaba, le preguntó en tono de burla, al terminar, si le había gustado el sermón.

V

El Irlandés admirado le contesta: «En verdad es ese hombre un enviado de Dios, pues en tanto que ayer no entendí á usted mientras predicaba, hoy hé comprendido todo lo que este santo acaba de decir.»

VI

Y ¿quién fué este enviado de Dios? ¡No otro que aquel á quien ahora honramos, y cuyos méritos le valieron un lugar en la feliz morada de los justos!

VII

Y así como antes te dejabas oír en diversas lenguas ¡oh beato Diego! no ceses tú ahora de oír las fervientes súplicas que desde lo íntimo de nuestros corazones, que te aman, te dirigimos.

Cádiz.

XXXII

APÓSTOL, ESPAÑOL Y GADITANO

De D. Arturo García de Arboleya

Levanta, patria mía,
al Dios excelso la abatida frente;
y el aura que rizando de tus mares
la cerúlea corriente

mece los lauros que tu faz sombrean,
al Cielo lleve cual ofrenda grata
de la Fè que hará eterna tu memoria,
con plegarias de amor, himnos de gloria.

Que si allá en los albores
de esta vieja centuria que ya espira
fuiste terror de viles invasores,
y al soplo de tu ira
sacudió la melena
tu león abatiendo entre sus garras
las águilas de Jena;

Si las huestes que al orbe domeñaron
unciéndolo en triunfo á su carroza
tumba por trono al profanarte hallaron
en Gerona, Bailen y Zaragoza.. ;

Si mas tarde en la arena maldecida
del Mogreb, al trotar de tus corceles,
resurgió de la sangre allí vertida
de bárbaros infieles
el glorioso verjel por tí plantado
en Clavijo, las Navas y el Salado...,

No lo debiste, nó, gentil matrona,
al ponzoñoso aliento
de ese númen letal que del Pirene
salvando las nevadas cordilleras,
vino en alas del viento
á envilecer tu altar y tu corona.

No fueron las exóticas banderas
de Jemmappes y Valmy, rojo sudario
de próceres y reyes,
las que, aún colgando tímidos girones
en el profano templo de tus leyes,
encendieron de honor y patriotismo
la llama en tus legiones;
ni tiñeron de púrpura y de gualda
ese lienzo sagrado
que vieron de laureles abrumado
tus campiñas de oro y esmeralda.

Otro fué, patria mia,
el hábito que armó tu brazo fuerte
contra el invicto César. No la impía
ráfaga del Terror, nuncio de muerte,
ni aquella inmunda Parca
engendro de tiranos,
ébria de sangre y modelada en cieno,
que aullando al sacerdote y al monarca,
paseaba frenética en sus manos
Decálogo falaz de argucias lleno.

.
.
.

Otro tu númën fué. Yo lo vislumbro
allá entre los celajes vespertinos
de la postrer centuria, pobre, austero,
trasponiendo malezas y caminos
con el burdo sayal del misionero;
demacrada la faz, luenga la barba
que la nieve del tiempo ya blanquea;
desnudo el pié; del macerado pecho
que taladran las púas del cilicio,
pendiente el leño donde vil suplicio
padeció el Unigénito Humanado;
y en su rostro bañado
de celestial fulgor, el amoroso
anhelo con que deja
el pastor su redil desamparado,
buscando en torno la perdida obeja.

Recorre las campiñas,
y á su paso las mil pintadas flores
inclinan blandamente sus corolas.
Pregunta á los canoros ruiñeños,
y aves y fuentes, lirios y amapolas
y la brisa y el valle y la espesura
de Dios le hablan. Póstrase de hinojos,
y cual si la ancha tierra
fuera del nuevo Serafin peana,
sus extasiados ojos
ven al albor de virginal mañana
prosternarse con él á las criaturas
adorando al Señor de las alturas.

Penetra en las ciudades,
y entre olas de turbas que hormigean
con vario y estruendoso torbellino,
magistrados, concejo y dignidades
se adelantan, empujan y codean
por besar del humilde capuchino
la veneranda huella,
y saciarse á porfia
del seráfico nimbo que destella
el Apóstol que el Cielo les envía.

Corre afanoso al templo
y del templo á la plaza ó al ejido;
y allí su noble busto se destaca,
místico, grave, escultural, erguido,
atleta de la Cátedra, lanzando
sobre aquella apiñada muchedumbre,
ya de Bernardo ó del divino Ambrosio
el raudal de inexhausta dulcedumbre;
ya el férvido increpar de un Nacianceno
reprendiendo á Atanasio su delito,
ora el clamor de trueno
con que Pablo en Atenas fulminaba
evocando las iras del precito,
cuando el torpe Himeneo blasfemaba.

Con acento en que late de un Domingo
frente al duro Albigense el almo celo,
canta su fé los triunfos del Rosario;
y cuando en raudó vuelo
toca su estro al alto Santuario
y al Señor Uno y Trino ardiente aclama,
su cátedra es Tabor que reverbera
del Eden la radiante primavera,
ó Sináí que su palabra inflama
con aquel triple ¡¡¡Santo!!!
g'loria del Cielo y del infierno espanto.

¿Quién vió jamás figura
ni oyó endecha y plegaria más doliente
que la de aquel gemir hondo, ferviente
de infinita ternura
en que el alma de Diego se abrasaba

cuando sus ojos en la Cruz ponía,
y sobre ella entre ayes derretía
del volcán de su amor la hirviente lava?

¿Quién podrá numerar de aquel rocío
de lágrimas los frutos inefables?
Dígalo el congojoso vocerío
de contrición que su exhortar provoca,
no de otra suerte que al plañir del cielo
se une el amargo duelo
del mar llorando sobre la ágría roca.

Proclámelo el portento
de aquella dulce voz en lontananza
siempre y doquier oída
cual gemido de amor y de esperanza;
voz que en su patrio acento,
como lengua de Dios era entendida
al par que del hispano,
del remoto sajón y del germano.

Dígalo, en fin, cual perdurable fruto
de tan rica simiente,
el hogar transformado en paraíso;
el ébrio, codicioso y disoluto
trocado de improviso
en sóbrio, liberal y continente;
las querellas de encono fratricida
deponiendo su torvo caudillaje,
ante el nuevo hospedaje
que toman en el alma
la paz, el puro amor, la fé, la calma
de una conciencia á la piedad rendida.

Y esto en la pobre aldea
y en la ciudad soberbia y populosa;
lo mismo en las llanuras castellanas,
que en la región frondosa
que el claro Bétis opulento riega;
así en la doble vega
que el Júcar y el Genil de verde alfombran,
como allí donde esmalta el campo ibero
de rubia miés el caudaloso Duero,

.
.
.
Ah! con razón, España,
culto tributas á tan noble hijo...
Él, mientras el Galo con feroz demencia
demolía su trono y sus altares,
con la hoz de su humilde Crucifijo
extirpaba de tí la falsa ciencia
y la fé restauraba en tus hogares.
Restaurábala, sí, que de Jansenio
la doctrina falaz, cual densa nube,
tu católico ambiente ya invadía;
y contra secta tal, más que el ingenio
y el humano saber, fé de Querube
y amor de Serafín doquiera urgía;
y por eso en tu suelo ardiente hoguera
prendió de Diego al postrimer suspiro;
antorcha á cuya lumbre, Europa entera
te vió en dos lustros cosechar más gloria
que en años mil de tu gigante historia.

Loor, pues, patria mía,
á ese génio del bien á cuyo aliento
reverdeció con rara lozanía
el árbol de tus viejas libertades.
T tú, fecunda Gades,
que ostentas de tu escudo
cual blasón máspreciado
el de haber con tus olas arrullado
de *virgen libertad* el tierno fruto,
recuerda que antes fuiste
de tan noble adalid solar y cuna;
que en tus plazas y púlpitos lo viste,
pregonar la verdad: que una por una
con su planta selló de tu comarca
las ciudades y aldeas
conquistando á su paso corazones;
que la diadema que su sien circunda
cual eterna presea
de beatitud en célicas regiones,
es la primera que de gloria inunda
en el Empireo frente gaditana;

y que si aún de su osamenta mana
á despecho del tiempo y de la muerte
fresco raudal de sangre generosa,
es porque Dios al verte
dando la tuya á tan preclaro hijo,
quiso mostrar al mundo
que hasta el sepulcro árido es fecundo
en sávia y luz, cuando en su negro arcano
los despojos anida,
de quien el triple láuro ciñó en vida
de APÓSTOL, ESPAÑOL y GADITANO.

Cádiz

XXXIII

EL NUEVO APÓSTOL DE ESPAÑA

CUADRO FINAL (1)

De D. José Maria León y Dominguez

NIÑO 1.º

. La patria mía
. la que humilló las águilas romanas,
la que en Sagunto y en Numancia, altiva
escribió con la sangre de sus héroes
páginas de su historia enaltecida;
la que fué visitada en los albores
de su Fé, en Zaragoza, por María;
la que alentó sublime á Recaredo,
á Isabel y Fernando; la bendita
tierra regada por la noble sangre
de mártires sin fin que el orbe admira;
la que fué de los mundos la señora
y sus banderas paseára invicta
del oriente al ocaso, y ganó un mundo
para su Dios, ganándolo á Castilla;
la que el solar ostenta de Loyola

(1) Esta composición se ha impreso íntegra, formando parte de la GALERÍA DRAMÁTICA INFANTIL, que para Colegios de niños y de niñas ha compuesto su autor. De ella se entresacaron algunas escenas para el acto literario.

y de Teresa y de Javier, y anima
legiones de esforzados confesores
y de vírgenes puras largas filas;
hoy eleva sus mágicos cantares,
y pulsa alegre sus cristianas liras,
y corre venturosa, y se engalana
con sus más bellas flores, y festiva
alza altares grandiosos, y de gloria
circundados contempla á los que un día,
héroes de santidad, al mundo fueron
enseñanza y ejemplo y lumbre viva.

NIÑO 2.º

Gádes, bella paloma que se mece
entre blandas espumas blanquecinas,
la que el emporio fué del orbe entero,
la que sus muros y sus torres mira
retratarse en las ondas que á besarla
acuden lisongeras y sumisas,
hoy deponé su llanto y su amargura,
y de preciadas joyas revestida,
ante FRAY DIEGO, el héroe gaditano,
con júbilo sin fin la frente humilla.
NUEVO APÓSTOL DE ESPAÑA desde el monte
del Vaticano lo llamó divina
voz, que el eco repite allá en los Cielos
y que en el libro eterno está ya escrita.
Gádes su cuna fué. ¡Gádes felice!...
Ella adurmió sus cándidas caricias;
y cuando el niño convertido luego
en Apóstol fogoso, difundía
su tonante palabra, que á sus hijos
con fervoroso celo evangeliza,
Gádes de su virtud miró la cumbre
y del SANTO admiró la faz benigna.

.

NIÑO 3.º

Érase un matón, un pinche, (*Al público*)
sin parné y con mucha hambre,
un canallote, un pelambre,
lo llamaban *Tío Berrinche*.
¡Qué zumbón y qué ruin!
Su edad era ya machucha:

vivía en una casucha
en la villa del Gaucín.
¡Qué facha! qué catadura!
Todos temblaban al nene,
¡como que era de ene
huir, al mirar su figura!
Y eran sus modos tan rudos
que alguien hasta murmuraba
que el muy pillo acostumbraba
comerse los niños crudos.
Un día este perillan
iba por cierto camino,
llevando sobre un pollino
un saco lleno de pan.
A pié, humilde, silencioso,
con él se cruzó Fray Diego,
y en dulce y blando sosiego
así dijo cariñoso:
—Cargada vá según trazas
la bestia: qué llevas? di.
—¿Quiere usté saberlo?—Sí.
—Pues llevo aquí... calabazas.
—Dios lo bendiga, habló el Santo;
y el muy animal soltó
la carcajada, y largó:
—La cosa no es para tanto.
Pero al llegar á Gaucín
y al echar el saco á tierra,
el embustero se aterra
y se queda hecho un rocín.
Pues contempla ¡voto á sanes! (*Riéndose.*)
asombrado y compungido,
que se habían convertido
en calabazas los panes (1).
¿Qué os parece este capúz
dado de golpe y porrazo?
¡Oh! Fray Diego era un santazo
pero era un santo andaluz.

(1) Este hecho milagroso se encuentra testificado en el expediente de Beatificación de Roma. Corrido el caso por todo el pueblo, el alcalde recogió las calabazas, y sembrólas, fructificando después, y llamándoseles desde entonces, por la forma que ostentan, algo parecida á los panes, *calabazas de Fray Diego*.

NIÑO 1.º

¡Oh! quién me diera bosquejar el cuadro
que el templo de S. Pedro presentaba,
en el felice día en que las sienes
iban á ser del justo coronadas!
¡Españoles do quiér! ¡Doquier se escucha
de Cervántes sonar la rica habla,
que al honrar el Pontífice á Fray Diego
honra el suelo bendito de su pátria!
¡España en Roma está! Prestes y Obispos,
nobles y obreros, religiosas damas,
la Basílica llenan, y se esparcen
como en inmenso mar las oleadas!
¡Cuánta vida rebosa de aquel templo,
maravilla del Orbe! ¡Ricas galas
pintan su regocijo y su alegría!
Miles de luces dan bellas arañas!
¡De terciopelo cubren pabellones
las inmensas paredes, de oro y grana!
¡Al pié del trono en que la SEDE puso
el Pescador de Galilea, se alza
entre nubes de gloria, al descorrerse
blanco velo sutil, transfigurada
en medio de Querubes, la persona
del héroe que á los Cielos se levanta!
¡Póstrase con fervor toda rodilla;
y á los ecos de voces acordadas,
miles de enardecidos corazones
cantan á Dios la gloria y alabanza!
¡Y por primera vez del hondo pecho
en pública oración el grito arranca
¡OH, RUEGA POR NOSOTROS, DIEGO SANTO!
en fervorosa y mística plegaria!

NIÑO 2.º

¡Oh! bien hayas, felice Gades bella!
¡Ya tu dicha se mira realizada!
¡Ya en los Cielos contempla fiel patrono
la adoración rendida de las almas,

que á su potente protección acuden,
y ornan de flores mil su cuna santa!
¡Muera ya tu tristeza y agonía!
¡Dá cabida en tu pecho á la esperanza!
¡Tienes un defensor que por tí vele
del trono del Señor ante las gradas!

Cádiz.

XXXIV

Telegrama del Ayuntamiento á Su Santidad

El Excmo. Ayuntamiento, como verdadero hijo de la Iglesia, dando muestras de su religiosidad, envió al Padre Santo la siguiente comunicación telegráfica, que mucho le honra:

Roma.—Vaticano.—Cardenal Rampolla Secretario Estado.

Este Ayuntamiento, que, interpretando los sentimientos del católico pueblo que representa y defiriendo á la respetable invitación de su dignísimo Prelado, ha asistido en esta Catedral al solemnisimo Triduó, y en este Seminario á la brillantísima Academia celebrada por la Beatificación del egregio Gaditano Fr. Diego José de Cádiz, ofrece á Vuestra Santidad el reverentísimo testimonio de la más profunda gratitud por haber elevado al honor de los altares al glorioso Capuchino que fué su Capellán Mayor, y el de su filial amor é incondicional adhesión á esa Santa Sede y á la Sagrada persona de Vuestra Santidad cuya Apostólica bendición humildemente pide.

EL ALCALDE PRESIDENTE,
FRANCISCO MELÉNDEZ.

Contestación

Su Santidad se dignó contestar en los siguientes cariñosos términos:

Excmo. Alcalde Presidente Ayuntamiento
Cádiz.—Spagna.

Su Santidad complacido por la asistencia digna representación pueblo gaditano á los festejos y cultos celebrados en honor del Beato Diego, agradece protestas adhesión reiteradas con su telegrama, y gustoso bendice á las Autoridades y á todo el pueblo de Cádiz.

M. CARD. RAMPOLLA.

El mismo Excmo. Ayuntamiento en sesión de 1.º de Mayo de este año, acordó costear la publicación de un tomo de las obras del Beato Fray Diego, para la completa edición que proyecta hacer Nuestro Excmo. é Ilmo. Prelado.

En la referida sesión se tomó el acuerdo de poner á la calle del Baluarte el nuevo nombre de BEATO DIEGO DE CÁDIZ,

SUMARIO

- I. Cádiz á los piés de Fray Diego.
- II. Iniciativa del Prelado,
- III. Colecta para las Honras y familias de los náufragos.
- IV. La Marina Española.
- V. Honras por los náufragos en la Santa Iglesia Catedral.
- VI. El Triduo á Fray Diego.
- VII. La Comuni3n por los náufragos.
- VIII. Misa Pontifical.
- IX. Las pláticas del Triduo.
- X. Resúmen de la del Sr. Obispo de Cádiz.
- XI. Idem de la del Sr. Obispo de Dora.
- XII. Idem de la del Sr. Obispo de Lugo.
- XIII. Idem del Panegírico del Can3nigo Sr. Medina.
- XIV. Comida en el Seminario.
- XV. La Academia Literaria en honor de Fray Diego.
- XVI. Autores y actores de las composiciones pronunciadas.
- XVII. Enhorabuenas merecidas.
- XVIII. Himno al nuevo Beato Diego José de Cádiz, de D. Cayetano Fernández.
- XIX. A Cádiz, Canción, de D. Juan Rodríguez Cantizano.
- XX. Vocacion de Fray Diego al Apostolado, Romance Histórico, de D. Francisco Jiménez Campaña.
- XXI. Los éxtasis del Santo, Oda Griega, de D. Emilio Zubelzu.
- XXII. El Triunfo por amor, Décimas, de Sor María de los Angeles.
- XXIII. El Capuchino, Oda Francesa, de D. Francisco Tamayo y Martín.
- XXIV. La Visita de la Virgen, Romance Histórico, de D. Eduardo López.
- XXV. Victoria Eterna, Quintillas, de D. José M.^a de Ortega Morej3n.
- XXVI. Ad Beatum F. Didacum Gaditanum, Himno latino de D. Ramón del Busto Valdés.
- XXVII. La Lluvia Interrumpida, Tradici3n Gaditana, de D. Victorio Molina y Pastoriza.
- XXVIII. La Voz del Misionero, Cántico Hebreo, de D. Emilio Zubelzu.
- XXIX. El Toro Penitente, juguete infantil, de D. José María León y Domínguez.
- XXX. Honor Altarium, Oda Latina de D. Francisco Balcázar y Romero.
- XXXI. El Don de Lenguas, Poesía inglesa, de D. Cayetano Guerra y Meléndez.
- XXXII. Ap3stol, Español y Gaditano, Oda, de D. Arturo García de Arbolea.
- XXXIII. El Nuevo Ap3stol de España, Cuadro final, de D. José María León y Domínguez.
- XXXIV. Telegrama del Excmo. Ayuntamiento de Cádiz á Su Santidad León XIII con motivo de las fiestas de Beatificaci3n de Fray Diego, y contestaci3n del Padre Santo.